Mundo Argentino



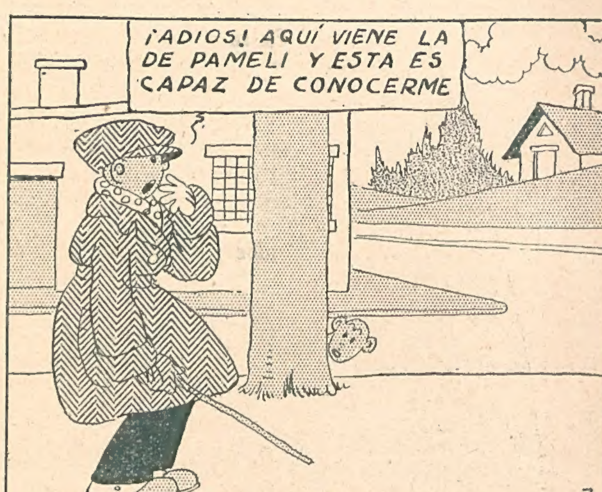
MI PALETA, POR HENRY CLIVE



GILITO EMPEZÓ EL AÑO CON MUCHA SUERTE







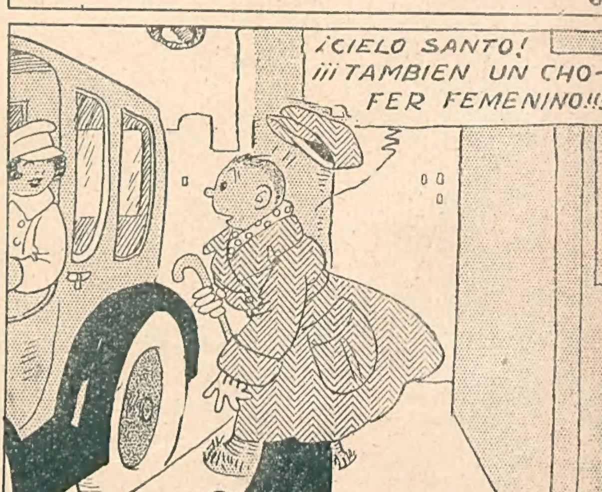




















Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO
APARECE LOS MIÉRCOLES
LA PUBLICACIÓN QUE MÁS CIRCULA EN LA AMÉRICA DEL SUR

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
252 - CALLE RÍO DE JANEIRO - 262
U. T. 62, MITRE, 8704 Y 9560 DIRECCIÓN TELEGR.: "SENYAH"
OFICINA CENTRAL PARA AVISOS Y SUSCRIPCIONES
AVENIDA DE MAYO, 749 - 5º Piso
U. TELEF., 33, AVENIDA, 1472. BUENOS AIRES

AÑO XIV — BUENOS AIRES, FEBRERO 6 DE 1924 — NÚM. 681

JUBILACIONES GREMIALES Y SEGURO SOCIAL

Las fallas que presenta la reciente ley de jubilaciones de los obreros y empleados de la industria y del comercio, aumentadas por el decreto reglamentario, severamente restrictivo, dictado por el P. E., han levantado numerosas protestas. — Gremios importantes se niegan a dejarse descontar el reducido salario que perciben. — Los patrones también oponen objeciones. — Es necesario expurgar a la ley y al decreto reglamentario de los errores que encierran. — Las jubilaciones no bastan. — Previenen contra la vejez. — Pero olvidan los riesgos de enfermedad, invalidez, muerte, viudez y orfandad. — Para ello es indispensable el código de seguro social.

HA quedado convertido en ley el proyecto de jubilaciones de los obreros y empleados de los establecimientos industriales y comerciales. Discutido con mucho apresuramiento, en su texto hanse deslizado numerosas fallas y omisiones, que hubiera convenido evitar tratándose de una iniciativa que interesa directamente, según cálculos aproximados, a seiscientas mil personas.

Si bien el Poder Ejecutivo, al promulgarla, no podía corregirlos, podía, por lo menos, no agravarlos. Es lo que no ha ocurrido. El texto deficiente de la ley ha sido empeorado por la reglamentación provisoria dictada por el Poder Ejecutivo, que excluye de los beneficios de la jubilación, mediante el artificio de un articulado severamente restrictivo, a millares de empleados y obreros que tienen incuestionable derecho a gozar de ellos.

Se llevan realizadas numerosas asambleas obreras, algunas de gremios muy importantes, y en casi todas la ley, lejos de ser saludada cariñosamente, ha sido sometida a fuertes críticas, y, con frecuencia, rechazada, lisa y llanamente. Por parte de los patrones, también se oyen protestas. Todo indica que esta ley corre el riesgo de malograrse, cuando, bien meditada y aplicada lealmente, debiera convertirse en una de las bases más sólidas de nuestra incipiente legislación social.

Las objeciones principales que se levantan contra la ley pueden concretarse a lo siguiente: desde ahora, y durante una larga serie de años, los empleados y obreros verán descontados sus sueldos o salarios en un porcentaje relativamente elevado. Este es un hecho real e inmediato. En cambio, el disfrute de la jubilación, una vez transcurrido el plazo fijado legalmente, es problemático, sujeto como está a una reglamentación minuciosa, que se presta a ser fácilmente burlada. Algunos añaden que ha sido expresamente dictada con ese objeto.

Empleados y obreros afirman que el descuento que se les hace es, para ellos, oneroso, y para los mal remunerados, insoportable. Gremios hay que agitan la idea de un aumento en los salarios en la proporción en que serán descontados, y, mientras tanto, se niegan a que se les haga efectivo el descuento, a la par que muchos patrones parecen dispuestos a agotar todos los recursos para que no ocurra tal cosa.

Patrones por una parte, obreros y empleados por otra, parecen tener razón en algunas de las críticas que formulan a la ley y su reglamentación. La oposición es lo suficientemente fuerte como para que los poderes públicos la tengan en cuenta y vuelvan sobre sus pasos, sometiendo a la ley atacada a una revisión serena y prolija, que la expurgue de las fallas notorias que se le incrimina.

Colocándonos en el mejor de los casos, y suponiendo que la ley fuera dictada con un criterio mucho más amplio del que lo anima, resultaría, todavía insuficiente. La razón es tan sencilla como poderosa. La jubilación tiende a prevenir a una considerable masa de trabajadores y empleados contra los achaques penosos de la vejez. Trátase de un riesgo tan triste como real. Estamos habituados a ver a muchos hombres, que tras una vida laboriosa, se encuentran literalmente en la calle, sin fuerzas para trabajar y sin que encuentren quien les acepte los precarios servicios que pueden prestar a una edad avanzada. Indudablemente, esos hombres tienen derecho a gozar de una ancianidad tranquila y decorosa. Para eso han trabajado honradamente toda su vida.

Pero no por ello es preciso olvidar otros riesgos no menos penosos a que se ven expuestos todos los hogares pobres. Nos referimos a los duros trances de la enfermedad, la invalidez, la muerte, la viudez, la orfandad. Riesgos que se ciernen, a manera de espectros, sobre millares de familias humildes. Trances sumamente dolorosos, que las halla, casi siempre, desamparadas. Para prevenir al elemento laborioso contra esos riesgos, no bastan las jubilaciones. Se necesita algo más: el seguro social. Es hora que se dicte el código respectivo.

BENEFICENCIA LOABLE

ENTRE nosotros son raros los casos de personas ricas que legan al morir su fortuna, o parte de ella, a fines de beneficencia. Dentro del número escaso de los que así proceden, forman reducidísima minoría los que dejan el dinero para instituciones de real utilidad colectiva.

Por eso mismo, destacamos, complacidos, el reciente ejemplo de una señora que ha dejado sumas cuantiosas para la construcción de dos hospitales: uno para tuberculosos y otro para cancerosos, nombrando como albacea a un viejo y digno facultativo, quien ha de llevar a cabo la última y piadosa voluntad de la citada dama.

En este caso, la beneficencia privada viene a suplir una omisión pública, pues ambos hospitales son indispensables desde muchos años atrás.

Cuando tantas fortunas se dedican a satisfacer vanidades o a fines notoriamente antisociales, es deseable que este simpático ejemplo cunda y encuentre imitadores.

LA ETERNA CUESTIÓN

ADIVINARÁ el lector a cuál cuestión queremos referirnos: al atraso en el pago de los sueldos de los maestros.

Esta vez se trata de los maestros de Escobar, Pilar (provincia de Buenos Aires). Se les adeuda tres meses de sueldo. Menos mal, porque a los maestros reemplazantes se les adeuda cerca de un año: desde marzo del año pasado. Los maestros no tienen, siquiera, ante quién reclamar. Las autoridades escolares del distrito permanecen acéfalas.

Si en plena provincia de Buenos Aires se coloca al magisterio en esa situación poco airosa, ¿hemos de asombrarnos del crónico atraso con que cobran sus reducidos haberes los maestros de provincias pobres, como San Luis, Catamarca o Jujuy?

Mucho más asombroso es que nunca se ponga término a esta situación, francamente vergonzosa.

EJERCICIO ILEGAL DE LA MEDICINA

HA sorprendido la policía a una persona que, sin poseer para ello ningún título, ejercía una ciencia tan delicada como es la medicina. Allanó su domicilio en el momento de mayor actividad.

Esmerábase ese buen señor en infundir a sus enfermos confianza en su persona y en sus métodos terapéuticos. Parecía conseguirlo tan cumplidamente, que en el momento de recibir la infausta visita de las autoridades, más de sesenta pacientes esperaban ser atendidos por él. Y eso que el presunto médico cobraba diez pesos por consulta. En verdad, pocos galenos auténticos podrían vanagloriarse de una clientela tan numerosa y de unos honorarios tan excelentes como los que cobraba este aprovechado competidor.

Pero por uno que otro de estos descubrimientos que de tarde en tarde realizan las autoridades, existen, especialmente en el interior de la República, centenares de médicos sin título y sin que la policía los fastidie.

EL TRAFICO CALLEJERO ENTRE NOSOTROS

UN HOMENAJE Y UNA PREVENCION



VOLVIENDO del extranjero, particularmente de países anglosajones, lo primero que choca a la vista del recién llegado, es nuestra dislocada ordenación del tráfico callejero.

Es exacto, que en buena parte contribuye a ello la estrechez de las calles trazadas en tiempos de la conquista por quienes nunca pudieron prever que la villa que fundaban llegaría algún día a necesitar arterias más amplias que las que poseían en aquel entonces los grandes centros de la metrópoli colonizadora.

Pero la circunstancia de ser nuestras calles de suyo pequeñas para servir cumplidamente al número de sus pobladores y vehículos con que en la actualidad cuenta, quizá no sea la causa principal del desorden callejero. A juicio de quien esto escribe, nuestra inferioridad en este asunto, con respecto a otros países, reside principalmente en ciertos hábitos que nos son muy peculiares, aunque no dejan de ser bastante cerriles.

Para buen número de peatones y conductores de carruajes, la calle parece pertenecerles por completo. Para ellos, la calle viene a ser algo así como un largo patio familiar o la prolongación del café con terraza, donde se tiene derecho a hacer lo que les viene en gana, sin preocuparse para nada en que de nuestra manera de andar por ella depende que otras personas puedan transitar sin tropiezos.

Nos detenemos aquí y allá en estrechas vías públicas aglomeradas de gentes, carruajes y tranvías, a menudo en compañía, dilucidando cosas más o menos interesantes, cruzamos las bocacalles cuando se nos antoja, cuando no lo hacemos en medio de la cuadra, sin preocuparnos de que un carromato nos está casi encima, y que nos corresponde permitirle desfilar primero. Los conductores de éstos, por su parte, no dan muestra de mejor criterio en el asunto, y tanto es así, que sueltan la velocidad donde se les ocurre, tratando de ganarles de mano a los transeúntes. Si después de haber puesto en peligro nuestra vida, salimos ilesos de sus afanes súbitos de "récord", un adjetivo más o menos grueso resonará en nuestro oídos, no sabemos si a manera de disculpa o de lamento.

La autoridad policial encargada de mantener el control de las calles, no parece hallarse en vías de ser tal cosa. ¿Qué es para cualquiera de nosotros el policía de tráfico que nos hace señas con la vara?

Para la mayoría, no pasa de ser un funcionario público a quien no se cree digno de respeto alguno, puesto que el cargo que ocupa no es considerado tan envidiable como la mayor parte de los cargos del estado. Para el chofer, es un ser despreciable que ni siquiera sirve para manejar el volante y por ello debe someterse a una cantidad de jerarquías que van desde el cabo hasta el jefe de la policía, mientras que él, hombre libre, no para mientes ni en las indicaciones ni en la vida de nadie.

Cuando el que conduce es un particular, sobre todo si va acompañado de damas, el agente de policía es ya un ser irritante, cuyas instrucciones deben ser desacatadas a bofetones, por más ostensiblemente que éste lleve la cartuchera.

De esta forma de transitar, a pie o en carruaje, no puede resultar otra cosa que lo que cada día somos testigos. La cantidad de muertos y heridos alcanza a una magnitud aterradora.

De seguir así, nuestra ciudad adquirirá pronto una superioridad fatídica sobre el resto de las grandes ciudades, cosa que quizá constituya un halago para algunos compatriotas afanosos de que nuestro país sea "más" que ningún otro en el mundo, en lo que se refiere a estadísticas sorprendentes.



Hace tiempo fué inaugurado en la ciudad de Saint Louis, Estados Unidos, este monumento en homenaje a la memoria de 32 niños muertos por accidentes callejeros. Contiene varias leyendas tendientes a infundir en el ánimo de los conductores una mayor atención en el manejo de los vehículos.

Mucho de esto podría evitarse con una mejor ordenación policial del tráfico, con un espíritu mayor de civilidad de parte de quienes transitan, y por quienes conducen carruajes.

En los Estados Unidos, valga el ejemplo, el problema del tráfico callejero es motivo de la creciente atención de las autoridades municipales. Se hace una propaganda constante para inculcar en la convicción de las gentes que no es posible distraer la atención por un momento, cuando uno se encuentra en la calle.

Durante una semana al año esta propaganda aumenta, y no se desdeña procedimiento alguno para llamar la atención pública sobre los peligros de la calle, y de aconsejar las formas más acertadas para conducirse en ellas. A este fin, desde las vidrieras de los restaurantes y las páginas de avisos de los diarios hasta los mismos vehículos, llevan grandes inscripciones con prevenciones contra los accidentes. Únase a esto, el acatamiento que allí se presta a las indicaciones de los policías de tráfico y a las señales de los semáforos colocados para orientar la circulación, y tendremos explicado por qué Nueva York, con un tráfico en sus calles enormemente superior al nuestro, registra proporcionalmente cifras mucho más reducidas de accidentes que las nuestras. Y es que allí, además de tener las gentes, según parece, una idea distinta a la nuestra sobre las necesidades que debe llenar la calle, las indicaciones de un agente de tráfico, aunque vayan dirigidas al conductor de un automóvil, propiedad del presidente de un "trust" o de un senador federal, no se toman como una ofensa al amor propio o como un atentado al libre albedrío.

Un particular, fuera quien fuere, que intentara desobedecer las órdenes de un "policeman" no despertaría admiración por su braveza. A lo sumo, conseguiría inspirar una gran piedad por su estado mental, y de hacer el menor gesto de agresividad, el garrote del "policeman" le convertirá el cráneo en dos; lo que allí no asombraría a nadie y a todos parecería natural, dado que quien tan inopinadamente se comporta prueba no tener bastante cabeza con una sola.

Hay que agregar aún la severa legislación allí existente, que pena con indemnizaciones a veces fantásticas y buenos términos de prisión, a los propietarios y conductores de vehículos responsables por accidentes, y se comprenderá el interés que se crea en ellos para que el tráfico callejero sea lo menos peligroso posible.

Queda mucho por hacer y reglamentar entre nosotros, en lo que a esto se refiere. Queda mucho para educar, a fin de incorporar ideas y hábitos que a la calle respectan, y que en ciertas ocasiones pueden costarnos la vida misma.

El ensanche de algunas calles, como también la construcción de subterráneos, allanarían aun más la solución entre nosotros de este problema al parecer insoluble, substituyendo a los tranvías a nivel que actualmente casi bloquean materialmente las calles céntricas de la ciudad.

La solución de nuestro problema del tráfico en las calles no es tan imposible.

Con una persistente campaña de educación, con la sanción de penas severas para los conductores de vehículos que violen las reglamentaciones, y funcionarios públicos puestos enérgicamente en la tarea de hacerlas cumplir, se conseguiría disminuir la mortandad por accidentes en forma muy apreciable en esta Santa María de los Buenos Aires.

DUELOS EXTRAVAGANTES

Entre los negros de Cabinda (África occidental), hay una costumbre funeraria muy curiosa. Cuando muere algún personaje se envuelve el cadáver en telas ricas, de colores lo más chillones posible, y se le coloca dentro de una especie de jaulón de madera, toscamente construído y montado sobre ruedas. De este modo se le lleva al bosque, y allí se le deja abandonado junto al sitio donde ha de ser enterrado. Las traviesas de la jaula, muy fuertes, impiden que las fieras toquen el cuerpo.

Pasado cierto número de días, los deudos y amigos del difunto vuelven al mismo sitio, cavan una fosa y trasladan los restos a ella. Durante toda esta operación, es de rigor beber botellas y más botellas de ron y aguardiente, y terminado el entierro, se dejan sobre la tumba, como recuerdo, el jaulón y las botellas vacías.

La costumbre exige que se beba tanto más, cuanta mayor fuese la categoría del muerto, de modo que por el número de botellas depositadas puede saberse a qué categoría perteneció el muerto.



PEOR EL REMEDIO QUE LA ENFERMEDAD

La víctima. — No tengo más que decirles que he estado escuchando "todo" lo que han dicho de mí.

Uno de los chismosos (azorado). — Pues, yo le doy mi palabra de caballero, que no hemos dicho "todo" lo que sabemos.

LOS TRAJES DE LOS CÓMICOS

Hasta época relativamente reciente los cómicos concedían poca o ninguna importancia a la propiedad histórica de sus trajes de escena, cosa que daba lugar a curiosos y divertidos anacronismos.

Cuéntase que Mlle. Clairon, en los trajes femeninos, y Lekain, en los masculinos, fueron los primeros que hacia mediados del siglo XVIII, establecieron algo de verdad histórica en el vestuario al representar el "Orestes", de Voltaire.

En aquella ocasión Lekain se presentó por primera vez con un traje copiado de las estatuas griegas, y para dar idea de la manera de pensar de los cómicos de entonces, se refiere que al verle en escena otro actor, Dauberval, exclamó: "¡Qué traje tan bonito! El primer traje romano que necesite, mandaré hacerlo al estilo griego."

También se cuenta que Madame Favart fué la primera que, al desempeñar papeles de aldeana, salió a escena con saya corta y peinado de paleta, acabando de una vez con la costumbre de hacer dichos papeles con guardainfante y la cabellera empolvada.

EL CRIMEN

POR

ALVARO YUNQUE

DIBUJO DE FRANKE

TODO Picolargo, un pueblucho semierguido en la margen derecha del San Borombón, estaba atribulado con la noticia: un perro rabioso vagaba por los alrededores y mordía gentes y animales. Perseguido de General Cruz, un paisano aseguraba haberlo visto, marchando al trote y babeante, por el camino que une a los dos pueblos. Picolargo se convulsionó. Un día, una tarde, lo vieron en su misma playa, marchando al trote y babeante; se cerraron puertas y ventanas, se le tiraron piedras y balazos. El perro desapareció esa misma noche, misteriosamente; no se supo nada más de él.

Mas la población de Picolargo paladeaba con fruición intensa esa inquietud, y ahora que había pasado el peligro, hallábala preferible a su monótono vivir de todos los días.

De tal modo preparado el ambiente, calenturienta la imaginación popular, fué de improviso sobresaltado, aun no pasadas cuarenta y ocho horas de la desaparición del perro rabioso, por una alarmante noticia, la que echó a volar las imaginaciones harto ligeras y los labios harto lenguaraces: ¡Pepín, el muchacho de los Gochovirof, había desaparecido!

Los Gochovirof eran dos rusos, padre e hijo, enormes y enigmáticos como bueyes. Se habían granjeado la cordial antipatía de los picolargueños por su carácter poco comunicativo y brusco. Más de una vez, algún vecino los había sindicado como capaces de una futura fechoría, y algún otro, mordaz, habíalos supuesto pretéritos nihilistas, fugados de Siberia, en donde estuvieron purgando los más espantosos crímenes. Los Gochovirof, indiferentes a aquellas habladurías, en un silencioso vivir de trabajo, se levantaban con la aurora, a doblarse sobre un campo que arrendaban en las afueras del pueblo y del cual sacaban las verduras que el hijo vendía después en las ferias cercanas. Jamás con nadie se les oyó hablar nada fuera de lo imprescindible; cejijuntos, graves, ni contestaban los "buenos días" con que alguna bachillera pretendía iniciar relación amistosa. En cuanto a Pepín, era un chiquillo que un día encontró Gochovirof, hijo, tirado en una zanja; no se sabía quiénes eran sus padres ni de dónde venía. Lo recogió en su casa y allí vivió y creció haciendo pillerías.

Ahora faltaba el tal Pepín, que a la sazón tendría unos diez años. La noticia, dados estos antecedentes, no dejó de alarmar a los vecinos:

— Eh, vecino, ¿supo la nueva? Pepín...

— Sí, sí; ya me han dicho; ¿y qué cree usted?

— Yo...

Y aquí el honrado vecino, en voz baja, cautelosamente, comunicaba sus horrorosas suposiciones al otro honrado vecino, el que las apoyaba:

— Sí, sí; esos rusos siempre me han tenido con sangre en el ojo.

— ¡Son capaces de mucho más! ¿Sabe usted acaso qué pueden haber hecho en su tierra? ¿Por qué se han venido?

El juez de paz y el comisario intervinieron. Interrogados los Gochovirof sobre el paradero de Pepín, respondieron, sencillamente, que lo ignoraban.

— ¡Bonita contestación! — dijo una picolargueña.

— ¡Y cómoda sobre todo! — agregó otro. — Mañana cualquiera comete un crimen y se hace el inadvertido, ¿que dónde está el muerto? No sé; y en paz. ¿Qué cómodo, no?

— ¡Esto no debe quedar así! — afirmó, indignado, el periodista.

Y a la mañana siguiente, "El Heraldo de Picolargo" traía, en gruesos caracteres, un extenso artículo, donde el periodista se hacía el eco de todos los comentarios y decires. ¡Qué resonancia tuvo el tal artículo! Se agotó la edición del periódico. A la mañana siguiente, un nuevo artículo, en el cual se dejaba entrever que los Gochovirof pudieran ser los culpables. ¡Nuevo éxito y mayor venta! No se había de detener ahí el plumífero de Picolargo; a la otra mañana, bajo el epígrafe de "El mártir Pepín", un largo y sentimental discurso llenaba la primer hoja de "El Heraldo de Picolargo". Las gentes se arrebataban el periódico, las mujeres lagrimeaban sobre él, y todos estaban contestes en las virtudes del "niño asesinado", como ya se le llamaba; aunque el desaparecido Pepín fuera, en realidad, el más desalmado y bullanguero pillete.

— ¡Pobre niño!; ¡tan bueno!

— ¡Qué horrible destino el suyo!

— ¡Qué espantosa muerte!

— ¡Esos malditos rusos!

Y la cosa tomó vuelos políticos. El periodista no cejaba en sus artículos que, de simples parrafadas sensibleras, se habían trocado en sonoras catapultas contra el gobierno apuntadas. Y el pueblo estaba con él.

— Es una iniquidad! — rugía como un energúmeno el maestro de escuela.

— ¡Es un mal gobierno! — peroraba el boticario.

Se interrogó al juez de paz, quien dijo que no había pruebas para detener a los rusos. El comisario respondió que ya se estaba en busca de Pepín. Y el cura intervino. Fué a ver al comisario, al juez de paz y, saliendo de esas entrevistas, pudo anunciar a su convulsionada parroquia que los "rusos herejes" iban a ser presos.

Aquella misma tarde, engrillados y con el acompañamiento de una muchedumbre de curiosos, fueron los Gochovirof conducidos a la comisaría. "El Heraldo de Picolargo" traía, punto por punto, una detallada descripción de la escena del arresto, de las protestas de los detenidos, de sus gestos, de las palabras del comisario; ¡era una página épica! Así las cosas, cayó como una piedra caliente en un balde de agua fría, un notición despampanante, algo que removió las más recónditas células nerviosas del más apático de los picolargueños, y que hizo que "El Heraldo" lo anunciara con bombas.

Joaquín Maureño, comerciante establecido desde quince años atrás en Picolargo, "persona de responsabilidad social, alta moralidad y espectable conducta", según "El Heraldo", declaró: Hacía una semana, regresando, a eso de las diez de la noche, a su casa, advirtió una luz en el fondo de la casa de los Gochovirof. Acercóse y, por entre los agujeros de la tapia, vió una escena que lo llenó de espanto: los Gochovirof, alumbrándose con una linterna, cavaban un foso. Una vez concluído éste, cogieron un bulto, él lo vió bien, un bulto pequeño que podría ser el cuerpo de un niño, pero no podía precisar que lo era, y lo arrojaron dentro. Después volvieron a tapar todo; algo hablaron los enterradores, mas como lo hacían en ruso, él no pudo comprenderles. Maureño se había retirado algo indispuesto a causa de la impresión recibida, mas nada había dicho hasta ahora, porque él era una persona pacífica y poco afecta a aquellas cosas que lo llenaban de terror; pero en vista de que su declaración podía ser útil a la autoridad para el esclarecimiento de aquel crimen, que tenía conmovido al mundo (al mundo decía "El Heraldo"), él, Joaquín Maureño, hacía público lo que vió en aquella noche de horror, "en aquella noche — comentaba el pendolista de "El Heraldo" — en que la conciencia humana sufrió uno de esos eclipses sangrientos y en que la justicia, ¡Temis sagrada!, ve que de sus manos desfallecientes ruedan la balanza justipreciadora y la espada justiciera"...

No sólo en Picolargo se vendía "El Heraldo", sino en veinte pueblos de los alrededores, ¡y hasta en Bahía Blanca, en La Plata, en Buenos Ares!... "Es el triunfo de los altos ideales", proclamaba su director.

TODO Picolargo se echó a la calle; era eso una romería: en aquella mañana, a las nueve, se desenterraría al "niño asesinado", ante la presencia de las autoridades.

Y se dió comienzo al acto solemne: el comisario, el juez de paz, el sargento, cuatro vigilantes, los que mal podían contener la horda de curiosos que lo era toda la población de Picolargo, y dos obreros armados de sendas palas, hicieron irrupción en la casa de los "asesinos", "los inhumanos, los viles, los incalificables asesinos", según los picolargueños y su honorable periodista.

El primer golpe de pala fué un golpe dado en el pecho de cada uno de los circunstantes. Se sacó la primer palada de tierra, y miraron todos, cual si de ella hubiesen de salir las palpitantes entrañas de la víctima. Poco hubieron de trabajar, pues al metro, ya chocaron las palas con algo blanduzco.

— ¡Aquí está el muerto! — gritó uno de los peones.

Fué un alud; nadie hizo caso a nadie; y allí todo Picolargo estiraba el cuello para mirar, ansioso... Los obreros continuaron en su labor y, ante el concurso espantado, que sin reparar en el hedor que de la fosa salía, se estrechaba, se estrujaba, apiñándose, amontonándose; apareció algo informe, una cosa peluda, indescriptible, llena de cieno.

Sacada de la fosa y sacudido el lodo, la curiosidad pública quedó cruelmente burlada; aquella cosa no era el cadáver mutilado, sangriento, terrible del niño, no: aquella cosa era, sencillamente, ¡un perro!

— ¡El perro rabioso! — exclamó alguien.

Efectivamente, era el perro rabioso que los Gochovirof, "los asesinos, los inhumanos, los viles, los incalificables asesinos", habían muerto y enterrado en su casa, salvando a la población de Picolargo de un azote peligroso.

¡Qué decepción! Carilargos, mudos, comenzaron a retirarse con esa desgana y esa languidez propias de aquellos cuyo sistema nervioso, en estado vibrante, próximo a estallar, recibe una ducha helada.

Aquella misma tarde, los agentes de General Cruz traían a Pepín, fugado tras de una banda de titiriteros. "El Heraldo" bajó su tirada. Los Gochovirof fueron puestos en libertad.

Mas en Picolargo los odian con más intenso odio que antes, cual si ellos hubiesen robado algo a aquellas gentes; y, en realidad, sí: les habían robado gratísimas horas de ansiedad y buenos instantes de sabrosos comentarios.

Ellos les habían privado, no cometiendo el crimen, de satisfacer su curiosidad, la más egoísta de las pasiones. ¡Y eso sí que era un espantoso crimen!



Y AQUÍ EL HONRADO VECINO, EN VOZ MUY BAJA, CAUTELOSAMENTE, COMUNICABA SUS HORROROSAS SUPOSICIONES...

PENSAMIENTOS

Se convida, se invita, se ofrece la casa, la mesa, los servicios, todo; sólo nos cuesta trabajo cumplir lo que ofrecemos.—*La Bruyère.*

Si la guerra es, de por sí, una crueldad, ésta es aún mayor porque sólo sacrifica a los hombres útiles.—*J. M. Braña.*



CAMOENS

Cúmplese en la actualidad el cuarto centenario del nacimiento de Luis de Camoens, poeta el más famoso de Portugal, cumbre literaria la más alta de ese país. De ahí que se diga de la lengua portuguesa "el idioma de Camoens", como se dice del castellano "el idioma de Cervantes".

Si en vida fué Camoens poco favorecido por la consideración de sus connacionales (suerte esta que ha cabido a muchos hombres de genio), después de muerto y transcurrido el tiempo necesario para que su gloria creciera, disputáronse el honor de ser su cuna varias ciudades lusitanas. Así, no sólo por ser un cantor épico, sino también por esa otra circunstancia, su vida, o, más bien, su fama, habría de tener parecido a la de Homero, cuyo lugar de nacimiento fué disputado por siete ciudades de la antigua Grecia.

Por fin se ha averiguado y se da por cierto, que el autor de "Los Lusíadas" nació en Lisboa, el día 4 ó 5 de febrero del año 1524.

Los Camoens fueron a Portugal por el siglo XIV, y desde entonces radicaron allí. Constituían una familia de gentileshombres emigrados de Galicia.

El poeta tuvo la esmerada instrucción que se alcanzaba entonces en la universidad de Coimbra, en cuyas aulas dictaban sus enseñanzas grandes celebridades de aquellos tiempos.

En la Corte, donde actuó desde joven, supo granjearse la estimación de quienes más tarde, en su azarosa existencia, le sirvieron a veces de oportuno amparo.

La faz adversa de su vida comienza a presentarse en el año 1552. Celebrábase en Lisboa la procesión del Corpus, cuando un Gonzalo Borges ofende de tal suerte al poeta en la calle, que éste se ve obligado a blandir su tizona. Trábase el combate, y el poeta hiere a su adversario, por lo que padece prisión.

Se cree que la pendencia se relacionaba con el enamoramiento de Camoens, quien se había prendado de una principalísima dama de la Corte, llamada Catalina de Atayde. En ese caso el poeta habría sido provocado a fin de ir haciéndole insorportable la vida en Lisboa, como a poco aconteció, debido a que sus ardientes endechas y trovas inspiradas por la de Atayde molestaban a terceros.

Aquella viveza de pasión, dicha en versos que cautivaban, rompía por lo demás con las maneras disimuladas y las composturas de la vida cortesana.

Le acarreó, en consecuencia, nueva vicisitud. El poeta fué desterrado, y sólo gracias a los buenos amigos con que contaba, pudo librarse del aburrimiento de esa otra condena, consiguiendo llenar una plaza de soldado en los ejércitos que entonces (1553) partían para la India.

Y no había logrado la plaza a poca costa, pues Camoens era ya valiente probado en el fuego de los combates, y hasta bautizado con su propia sangre en uno de ellos.

Había perdido el ojo derecho frente a Ceuta, peleando en un encuentro naval contra los moros.

Su vida en la India no fué del todo militar.

Viviendo en Goa, tuvo la inspiración de "Los Lusíadas", poema épico que ha inmortalizado el nombre de su autor.

Es dable creer que allí maduró Camoens la concepción de esa obra magna y trazó de ella por lo menos la primera escritura.

En mal momento ocurriósele, entretanto, enderezarle al gobernador una sátira en la cual se daba a entender que el alto funcionario real distraía torcidamente dineros públicos.

Se le desterró por ello otra vez.

Quedó confinado un tiempo en la isla Macao; hasta que, sabedor Camoens de que llegaba a la India Constantino de Braganza, nombrado virrey, huyó y se presentó a éste, quien, amigo y admirador que fuera del poeta en Lisboa, púsolo en condiciones de vida holgada mediante un empleo bien remunerado.

De ese modo pudo escribir tranquilamente sus obras.

La leyenda mézclase a menudo en la biografía de Camoens. Entre otras cosas legendarias cuéntase que al huir de Goa, el barco en que iba el poeta se hundió, azotado por la tempestad.



EL FAMOSO POETA PORTUGUÉS LUIS DE CAMOENS

Camoens se echó a nadar, lo que hacía con una mano, pues con la otra levantaba un grueso rollo de papeles que era el manuscrito de "Los Lusíadas".

De esa manera, concluye la tradición, pudo salvar su poema sublime del naufragio. Casi exhausto de fuerzas y a punto de perder todo sentido, llegó a la ribera aferrado a su tesoro.

En Goa no habría de serle tan completamente plácida la existencia. Muy por el contrario, se le acusó de emplear en provecho propio los bienes de "muertos y ausentes" que era su obligación guardar, y aunque el poeta pudo dar pruebas de que era blanco de calumnias, no se salvó de ser nuevamente arrojado en un calabozo, ya que si no culpable de desfalco, sus muchas deudas, que Camoens no podía pagar, lo hacían punible de encierro.

Un nuevo gobernador, el conde Redondo, le fué, al fin, propicio.

Camoens le había dirigido petición de libertad en forma que el conde, accediendo, festejó por lo muy espiritual. Y así fuéle posible al poeta su soñado regreso a Lisboa.

Lástima grande que el joven rey Sebastián, que admiraba al autor de "Los Lusíadas", tuviese tan corta vida; pues bajo su protección el poeta era feliz, y lo hubiera continuado siendo hasta el fin de sus días.

El rey guerrero halló la muerte combatiendo contra los moros, y, con ese motivo, el rey de España, Felipe II, extendió su dominio hasta Portugal.

Cayó de esa suerte la patria del poeta bajo cetro extranjero, y la descomposición de las costumbres cundió en la Corte.

El desconsolador espectáculo y el presentimiento de que más tremendas calamidades sobrevendrían aún, amargaron al cantor de las glorias y grandezas lusitanas postróndolo en un desgano sombrío y sin remedio.

En esta época de la vida interviene otra vez la leyenda.

Hace ella de Camoens un miserable al punto que su criado habría de salir a mendigar para que el poeta no muriese materialmente de hambre.

A ese y otros extremos referentes a la miseria de Camoens dió acaso pie el epitafio que se grabó en la losa de su humilde huesa, y que decía:

"Aquí yace Luis de Camoens,
El primer poeta de su tiempo;
Vivió pobre y desdichado
Y murió del mismo modo
El año 1579."

Sea como fuere, cosa innegable es que su vida no se deslizó blandamente ni entre muchas flores.

Camoens fué perseguido en razón precisamente de sus grandes méritos, demasiado evidentes para no suscitar terribles envidias, y por su arrogancia, que inspiraba mortales odios.

Además de "Los Lusíadas", escribió comedias, sonetos, elegías, églogas, odas, canciones, etcétera.

Su veta lírica fué la más duradera, y de ella surgieron poesías que figuran entre las más bellas escritas en el mundo.

Las composiciones de esta índole fueron reunidas, después de muerto el poeta, bajo el título común de "Rimas".

Los afectos de su autor se expresan en ellas trazando su biografía moral y con ello su semblanza.

Fué uno de los magistrales sonetistas del amor que en aquellos tiempos florecieron.

Sin embargo, la mayor ambición literaria del poeta se cumplió en "Los Lusíadas".

Esa ambición era inmortalizar los heroísmos y gloriosos hechos de los hijos de su raza, que con Vasco de Gama, descubridor de la India, y con los conquistadores, alcanzaba el máximo desarrollo de su fecunda y brillante grandeza.

Con motivo de la muerte de Camoens, Lope de Vega, que ejercía en la península ibérica el reinado de las letras, llamó a Camoens "Príncipe de los poetas".

Una estatua de Luis de Camoens es visitada por los viajeros, al pasar por Lisboa.

Homenaje de su patria a quien fué su inspirado cantor, ese monumento fué erigido en la capital de Portugal el año 1860.



EL REGIO MOBILIARIO

POR

FÉLIX ESTEBAN CICHERO

DIBUJO DE MARTÍNEZ JEREZ

MR. Jack Smart regresaba de visitar la redacción de uno de los periódicos del pueblo, cuando la curiosidad le detuvo delante de un cartel de remate que anunciaba la venta de un "regio mobiliario". "Mobiliario...", y regio... La primera palabra le chocaba; la segunda le permitió concebir un negocio. Ahora venía con el humor un poco alterado, pero sin perder la gravedad de la flema sajona. Había concurrido a la redacción de un periódico, precisamente para hacer publicar el siguiente aviso: "A los ladrones que el viernes hurtaron de mi domicilio mi traje y mi camisa, les aviso que el sombrero, que había quedado en otra pieza, está a su disposición. — Jack Smart."

Así fué que, cuando leyó el cartel, se limitó a tomar nota de la fecha del remate, y siguió. Cabalmente, a Mr. Jack Smart le hacían falta algunos muebles.

La participación de la pirotécnica en los remates de campaña es efectiva. Desempeña un papel sobradamente importante. El día designado para el remate a que se refería la nota de Mr. Jack Smart, media hora antes de la fijada para realizarse, las bombas llenaban de estruendos el espacio. El tranquilo inglés dispuso lo necesario para salir: lo primero que hizo fué cargar la pipa; lo segundo, hacer unos buches de "whisky"; lo tercero, llamar al Fox de un silbido; lo cuarto, consultar a su mujer acerca de los muebles que comprar; lo quinto, pedirle el dinero necesario... Después salió, dejando una estela de humo en pos suyo, dando grandes y pausadas zancadas, escupiendo hacia adelante, y marcando cada uno de sus trancos con el golpe de su pesado bastón.

No tenía ninguna inquietud por la compra. Iba frío... Su mujer tampoco se inquietaba fácilmente. Eran solos y se entendían... Cuando llegó al lugar del remate, el martillero consultaba el ambiente. La clientela estaba formada de gentes sencillas, sin entusiasmo por el moblaje que tenían a la vista. Cuando Mr. Smart se detuvo, le saludó cortésmente. Cambiaron pocas palabras:

—¿A comprar, Mr. Smart?

—A comprar — respondió el inglés, que echó otra bocanada de humo y se quedó apoyado en el grueso bastón.

El rematador siguió pulsando el ánimo de la clientela y a todos, haciendo una guiñada picaresca, les indicaba la presencia de Mr. Jack Smart, como diciéndoles: "Con él se las verán."

MÍSTER Jack Smart tenía fama de caprichoso. Era un poco terco y se adivinaba la falla en los menores detalles. Cuando se le ocurría algo, luchaba hasta obtenerlo; mientras esto no ocurría, no cesaba de luchar. Muchas veces se le vencía en una partida de "póker", por ejemplo, pero él decía que le faltaba el desquite. Perdido éste, aseguraba que aquellos partidos eran los preliminares de una batalla de "póker" que se proponía desarrollar. Otras veces había perdido apuestas a quién bebía más copas de "whisky"; y cuando se le recordaba el sueño a que lo sometía la embriaguez, y se le decía que había perdido, respondía:

—No; mi sigue todavía... — Y pedía más "whisky".

Cuando el rematador le vió entre su clientela experimentó una alegría sincera. Mr. Smart llevaría las ofertas a lo infinito ni bien se propusiera adquirir algunas piezas del moblaje.

Tres últimas bombas hicieron vibrar el aire. Poco después ascendía a una tribuna angular un individuo alto, seco de carnes, pálido. Temblábale entre los dientes una boquilla y absorbía nervioso el humo de su cigarrillo. Mr. Smart le miró, escupió hacia adelante sin preocuparse de que había gente cerca de él, fumó y mantúvose atento al rematador.

—Voy a empezar la subasta por este magnífico juego de comedor; es de roble... Prevengo a ustedes que venderé liberalmente, al mejor postor. Andaré rápidamente, de manera que habrá que comprar ligero... ¡Vamos a ver!! ¡Cuánto vale este rico comedor? ¡Cuánto!...

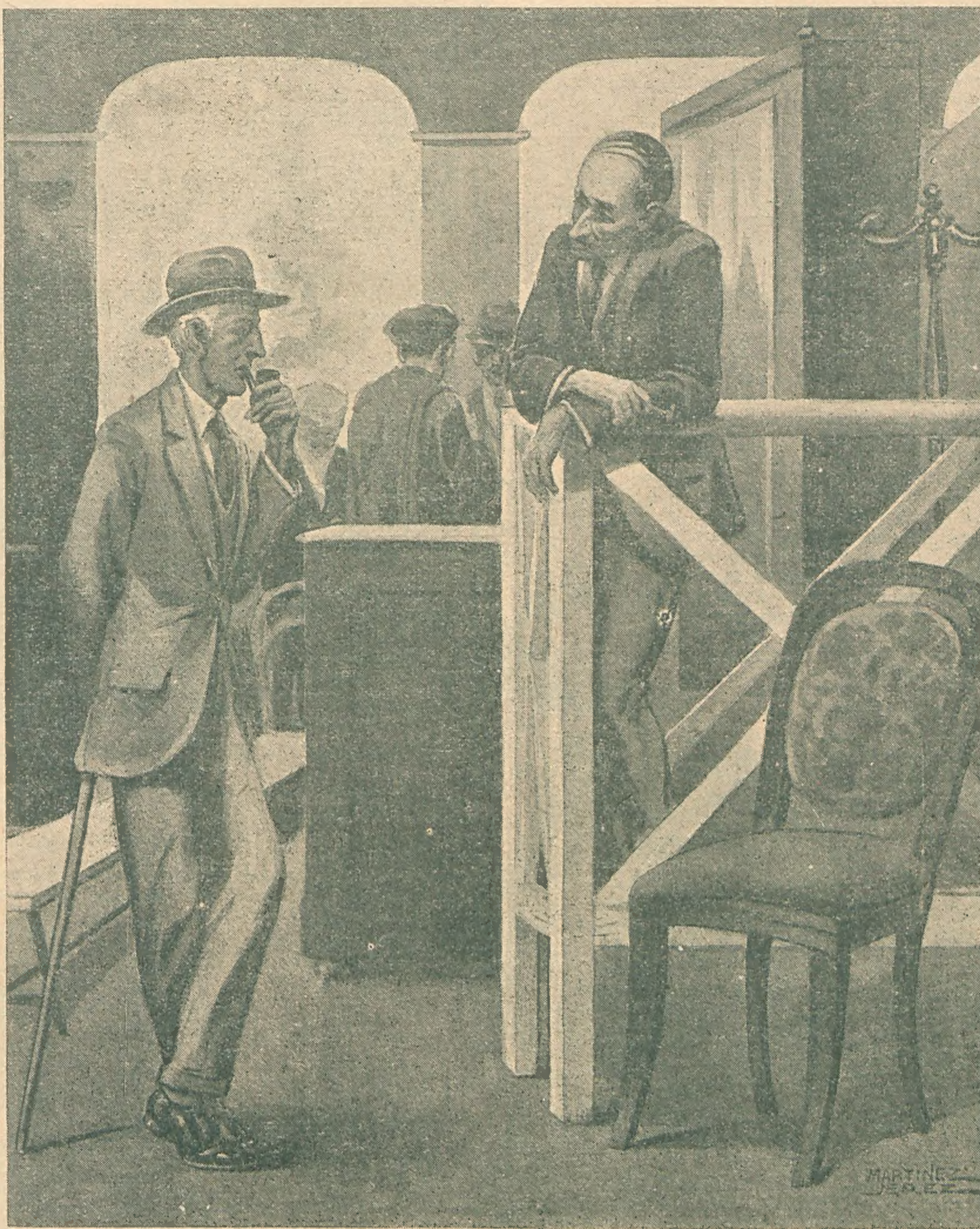
Hay un largo silencio. El "rico" comedor, en realidad, es de lo peor que se ha fabricado en mala madera. El rematador gasta, empero, los mejores adjetivos de su prosa sonora:—¡Cuánto vale, cuánto vale, señores! ¡A ver, que es pichincha! Doscientos pesos por ahí...; doscientos... dos... dos... dos... cientos pesos tengo por ahí!

Y aquel cantar monótono de números, aquel recitar estéril de palabras circunstanciales, siguió por espacio de varias horas, hasta que se llegó a la última pieza del moblaje. Cuanto iba saliendo a la venta era malo. Muebles, todos viejos, de pésima calidad. Míster Jack Smart no se notificaba de ello, y recorría con los demás clientes la casa a medida que el rematador pasaba con su tribuna angular de una habitación a otra. Cuando el remate hubo terminado todos miraron a Mr. Smart, que ahí quedaba, como pegado a su bastón, sobre el que volcaba todo el paso del cuerpo. El martillero estaba colérico, porque el remate había resultado uno de sus mayores fracasos. La actitud del inglés le irritaba, pues su "pose", un poco descortés, no le agradaba; además, en él había cifrado la esperanza del éxito. Esperó que Mr. Smart se encaprichara, como era su costumbre, y que enardeciera a los demás compradores; en cambio no había abierto la boca.

Todos se iban. Quedaban en el lugar del remate el martillero y sus dos empleados y uno que otro rezagado. Había que salir, sin embargo, alguna vez. El rematador creyó de su deber preguntar algo a míster Jack Smart antes de decirle que se retiraba:

—Y, míster Smart, ¿cómo es eso que no ha comprado si venía a comprar?

—Vengo a comprar — ratificó, impasible, serio: — y espero que saque el "regio mobiliario"...



...Y ESPERO QUE SAQUE EL "REGIO MOBILIARIO"...

LA SUGESTIÓN



De cómo un "boca abierta" se convenció de que todos los mortales son lo mismo.

NUEVO TRATAMIENTO PARA LAS MORDEDURAS DE ANIMALES HIDROFOBOS

La excesiva y peligrosa difusión que el perro va teniendo en Buenos Aires, sobre todo por el cultivo de razas finas que, mal cuidadas, degeneran hacia el tipo original, que en muchas de ellas es el lobo, trae aparejadas consigo inquietantes eventualidades, de que viene siendo víctima la población con una frecuencia que alarma.

El llamado perro de policía, que seguramente, adiestrado para este objeto, da resultados, pero que abandonado a sus instintos no pasa de ser una fiera, constituye el mayor de todos los peligros. En los barrios de Belgrano y Villa Urquiza, donde abunda mucho, son ya muy numerosas las personas mordidas, y lo que es peor, mordidas por perros "de policía" hidrófobos. Hay casos — y ello nos consta — de personas que han sufrido heridas horribles, atacadas por estos animales en ese estado.

Creemos que la Municipalidad debería reglamentar en forma restrictiva esta "perromanía" de que parece atacada la población, sin que por ello los delincuentes hayan disminuído en sus asaltos a la propiedad, habiéndose, en cambio, multiplicado en grado alarmante las personas mordidas por perros rabiosos, que se asisten en el Instituto Pasteur.

A este respecto, consideramos oportuno publicar algunas conclusiones del interesante trabajo que el doctor Baumgarten ha escrito sobre un nuevo tratamiento de la rabia. Transcribimos algunos párrafos, haciendo de los demás una síntesis, por exigirlo así la índole de nuestra publicación. De él se desprende que la terrible enfermedad no siempre se cura con el tratamiento de vacunación que actualmente se practica. Y entonces indica una nueva forma de evitar en lo posible las funestas eventualidades de personas mordidas que, sometidas a una cura normal, han sido atacadas por la rabia después de un cierto tiempo.

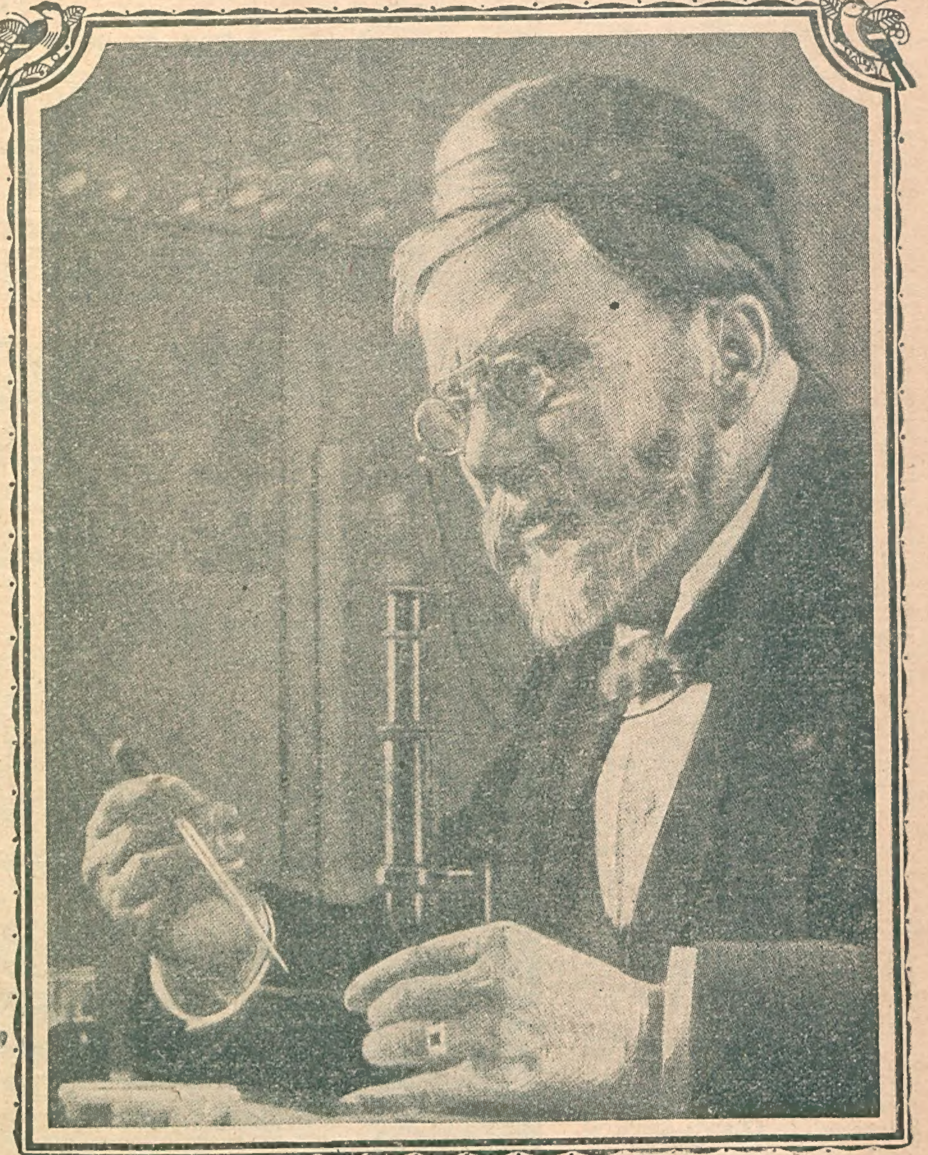
"Es importante saber — empieza diciendo — que el agente de contagio se halla en la saliva del animal, que en un 90 % de los casos es un perro, aunque son relativamente frecuentes los gatos y otros animales domésticos. El microbio ataca el sistema nervioso central del herido. Si el virus no logra alcanzar el cerebro y la medula, no hay peligro de una futura enfermedad. En otros casos, se presenta después de un largo período de incubación, que es, por término medio, 60 días, pero que puede durar un año. El lugar de la herida no es de ningún modo indiferente. Las heridas en la cabeza son las más peligrosas, siguiendo en importancia las de las manos y dedos. El número y tamaño de éstas también desempeña un papel importante, por la cantidad mayor o menor de virus depositado. La incorporación del virus se produce a veces con tal rapidez, que se han dado casos de cauterización profunda de la herida a los cinco minutos de producida, y sin embargo la rabia se ha presentado en un experimento de laboratorio. Lo mismo ocurrió sometiendo la herida a lavajes de sublimado y timol, a los quince minutos después de la infección. El virus se incorpora por las vías linfáticas y en las heridas mayores probablemente por succión directa de las venas abiertas.

"El más importante deber en el tratamiento de la herida debe ser la rápida destrucción del agente. En los tiempos anteriores a la bacteriología, recurríase al hierro candente o al ácido acético, cuando se tenía a mano. No pudiendo servirse de estos medios, se amputaba la parte en que estaba la herida. Debido a la vacuna, parece haberse olvidado el tratamiento enérgico inmediato de las heridas. Nosotros — continúa el doctor Baumgarten — quisiéramos prevenir en contra de este abandono". Y para justificarlo cita numerosos casos de experimentación que demuestran la conveniencia de prestar una atención mayor a este detalle, que los buenos resultados obtenidos por la vacuna ha hecho descuidar.

"El tratamiento de las heridas debe ser apropiado al caso. Como medio especial, aconsejamos, si es posible, según el lugar de la mordedura, que se chupe con toda energía la herida por la misma persona u otra extraña. Esta terapia antiquísima parece olvidada hoy día. En otros tiempos hasta existían chupadores de heridas que lo ejercían como una profesión. El temor de infectarse por la membrana mucosa de los labios es infundado. La condición principal para el éxito es, sin embargo, que la succión se verifique en seguida o con la mayor rapidez posible. La cauterización con el hierro candente se empleaba mucho antes y aun ahora. Pero es preferible el empleo de los líquidos cáusticos químicos, que penetran con mayor seguridad en todos los lugares de la herida. Hoy día ya no hay motivo de amputación.

"Es un hecho conocido el que la vacunación no impide en todos los casos el desarrollo tardío de la enfermedad. Estos casos mortales se producen, según nuestra experiencia a raíz de heridas en la cara y en los dedos, pero aun pueden ocurrir en mordeduras de las extremidades inferiores y del tronco. El fracaso relativamente frecuente de la vacuna en heridas de la cabeza ha estimulado a varios institutos antirrábicos, a una vacunación intensiva o repetición de la vacuna. Pero según nuestras experiencias y las comunicaciones estadísticas, estas medidas no han logrado disminuir el porcentaje de las muertes tardías. Esta es la parte siniestra de la enfermedad. El microbio puede quedar durante meses, hasta un año, latente en el sistema nervioso central del herido, hasta que cualquier circunstancia de índole psíquica o somática provoquen repentinamente la explosión de la enfermedad. Fuertes emociones, sustos, traumatismos de la cabeza, resfríos o esfuerzos corporales excesivos, bastan para ello.

"Aquí sí puede citarse la espada de Dámocles, susceptible de caer en cualquier momento sobre el herido y matarlo. La oficina berlinesa de protección contra la rabia observó un caso muy interesante en el cual se manifestó la enfermedad sin motivos previos conocidos. Un médico había sido mordido por un perro en una visita profesional hecha en el campo. Pocos días después se sometió a la vacuna, verificándose normalmente y sin contratiempo alguno. El colega continuó su asistencia médica durante muchos meses, hasta que doscientos ochenta días después de la mordedura se manifestó la terrible enfermedad.



EL PROFESOR PASTEUR, HACIENDO ESTUDIOS EN SU LABORATORIO, EN EL AÑO 1888

Frente a tales casos, nos preguntamos si no se podría utilizar este larguísimo período de incubación, para someter al enfermo a una influencia medicamentosa del sistema nervioso central. El doctor Koch ha iniciado la terapia, combinando la vacuna con una medicación *protahida de yodo*. El no cree que el yodo ataque directamente al agente de la rabia. Cree que el yodo influye más bien sobre los tejidos enfermos, en los cuales el microbio espera el instante de la incubación. Esto debilita sus condiciones de existencia y le hace sucumbir más fácilmente bajo las fuerzas bactericidas del organismo."

El doctor Baumgarten termina su interesante trabajo hablando de las dificultades con que se tropezó para aplicar la inyección combinada con el yodo, pues los enfermos lo soportaban mal en forma de yoduro de potasio. Se dió al fin con la fórmula, administrándose cápsulas de diyodil, una preparación especial que ingieren mayores y menores sin dificultad. Esto es, hasta ahora, lo más eficaz, habiéndose evitado con ella la parálisis en las extremidades inferiores (paraplejía), produciendo en el herido, desde el principio, una gran tranquilidad psíquica, factor muy importante para el resultado final.

DIME COMO TE LLAMAS...

POR JULIÁN J. BERNAT

DIBUJO DE VÍCTOR MACAYA

Y TE DIRÉ LO QUE ERES

Los franceses, que siempre han sido especialistas en la fafabricación de frases, dicen que *el nombre no hace nada a la cosa.*

Tal vez tengan razón. Pero si eso es verdad y el *nombre* no hace nada, creo que el *apellido* debería hacer.

Porque no me negarán ustedes que resulta de una ridiculez despampanante ver, pongo por caso, un Calvo con melena, un Alegre triste, un Bueno malo, un Cabo general, un Bello feo, un Cortés guarango, un Moreno rubio, un Rubio morocho, un Blanco negro, un Delgado gordo, un Gordillo flaco como un fideo, un Raspa honrado, un Franco hipócrita, un Lozano con mala salud, un Manso furioso, un Devoto ateo, un Rico pobre, un Gil vivo, un Pagano católico, un Ruso gallego, un Sastre albañil, un Valiente cobarde, un Patrón sirviente o un Criado patrón.

Todo eso, que vemos diariamente, es, a mi entender, una gran falta de formalidad.

Para evitar esas anomalías y las sonrisas burlonas a que se prestan, nadie debería usar un apellido definitivo hasta haber elegido la carrera, el oficio o la profesión que debiera ejercer durante su vida en este valle de lágrimas y humedades.

Así, por ejemplo, los que siguieran un oficio, podrían elegir el nombre del mismo como apellido, llamándose, según el caso, Carretero, Carbonero, Carnicero, Herrero, Pastor, Platero, Sastre, Serrador, Santero, Zapatero, Carpintero, etc.

Los marinos podrían llamarse: Marino, Faro, Vela, Rada, Barcos, Puerto, Cabo, Fleta, Costa, Barca, Borda, Bahía, Isla, Lamar, o algo parecido.

Para los ingenieros hay apellidos apropiados, como Palacios, Casas, Torres, Arcos, Puente.

Los constructores y albañiles podrían elegir entre Arena, Barros, Alcoba, Escalera, Paredes, Muro, Puertas, Hall y Salas.

Los militares podrían justificar su profesión, y resultarían más aguerridos, llamándose: Valiente, Yamada, Terrible, Guerra, Guerrero, Bravo, Centurión, Coronel, Lanza, Spada.

Los empleados ferroviarios tienen a su disposición entre otros muchos, apellidos tan adecuados como Barrera, Paso, Carril, Carbón, Literas, Zorrilla, Rueda y Lavía.

Los chacareros, hortelanos, jardineros, y, en general, los que se dedican a faenas análogas, podrían llamarse Viñas, Vega, Soto, Solar, Prado, Montes, Trigo, Sarmiento, Rosas, Romero, Menta, Parral, Parra, Mora, Manzano, Morera, Manzanares, Flores, Campos, Berro, Pera, etc.

Apellidos propios para estancieros: Corral, Becerro, Novillo, Vaca, Toro, Cordero.

La gente de iglesia, y las personas religiosas tienen a su disposición un buen surtido de apellidos. Por ejemplo: Santos, Diosdado, Santana, Santamarina, Santiago, San Martín, Sanjuán, Palma, Moral, Monasterio, Iglesias, Monje, Devoto, Justo, Cruz, Clérigo y Cirio.

Apellidos especiales para médicos y cirujanos: Mata, Vivas, Vives, Ospital, Sierra, Corte, Mano, Cabezas, Cuello, Ventre.

Para cantantes de ópera económica, y tonadilleras averiadas: Arias, Silva, Grillo, Gallo.

Para músicos: Calderón, Murga, Viola, Tromboni.

Para viajantes y turistas: Bilbao, París, Madrid, Cairo, Aragón, España, Toledo, Zaragoza.

Para vagos de profesión: Calle, Plaza, Caminos.

Para jugadores: Villar, Trucco, Valero, Monte, Morra, Carreras, Dato, Sota.

Para gente de avería: Ladrón, Raspa, Llave, Lima, Villano, Trabucco, Ajeno, Staffa.

Para fabricantes de almanaques: Marzo, Abril, Mayo, Díaz.

Para contadores o tenedores de libros: Quaranta, Resta, Diez, Miles.

Para astrónomos: Gil, Estrella, Luna, Lucero, Nieva, Centellas, Mira.

Para muebleros: Mesa, Pino, Robles, Nogales.

Para ciegos y miopes: Quevedo, Lavista, Pestaña, Cejas, Mirás, Miró, Pocoví.

Para pintores: Marina, Pinto, Blanco, Rojo, Bermejo, Negri.

Para choferes: Tatat, Hueck, Kock, Blumh.

Para viajantes: Pito, Casco, Pita, Cadenas.

Para farristas: Alegre, Alegría, Pernas.

Para actores, nacionales o importados: Barba, Galán, Gracia, Palmada.

Para otarios: Primo, Pagano.

Para borrachos: Cubas, Hesse.

Para madrugadores: Alba.

Para gente de poco pelo: Calvo, Calvete, Calviño, Velloso.

Para conquistadores de nacimiento y buenos mozos de afición: Amoroso, Bello, Hermoso, Cortés, Monín, Serrano, Precioso.

Para bailarines: Pareja, Ballerini, Valls.

Para gente de sangre azul: Barón, Conde, Márquez, Caballero, Escudero, Hidalgo, Rey, Corona.

Para admiradores de la naturaleza: Arroyo, Ríos, Torrente, Pico, Laguna, Llano, Fuentes, Cerro, Lagos.

Para zoólogos: Cierva, Corzo, Casal, León, Lobos.

Para geómetras: Redondo, Cuadrado.

Para zapateros: Calzado, Orma.

Para duros de corazón: Roca, Peña.

Para personas hurañas, bruscas o malhumoradas: Espina, Ortiga, Seco, Cerda.

Para separatistas: Catalán, Gallegos, Castellanos, Lombardo, Toscano.

Para cortos de estatura: Chico, Chiquirrín.

Para lateros de esos que se pegan: Brea: Mosca, Mosconi.

Para las bellas: Espejo, Sal.

Para tenderos: Batista.

Para los sucios: Baños, Barros, Mancha, Guarro, Ciancio.

Para boticarios: Pozo.

Para escritores: Lapluma.

Para millonarios: Oro, Rico.

Para bolsistas: Franco, Lira, Corona, Real, Reis.

Para los que andan a obscuras: Vela, Bujía, Faro.

Para egoístas: Más, Pamíez.

Para los que tienen amantes de lujo: Caro, Cuestas.

Para ciertas señoras que andan por las calles a la hora en que los gatos empiezan a ser pardos: Benseñor, Benincasa.

Para sabios: Talentón.

Para los optimistas: Irabién.

Y basta por hoy.

Ya ven mis lectores que hay apellidos apropiados para todo el mundo, según sus cualidades, sus aficiones, o su profesión.

Procediendo como dejo indicado, no tardaríamos en llegar a la perfección, y obtendríamos combinaciones admirables, solamente con un poco de cuidado al concertar los matrimonios.

De ese modo, al sernos presentada una señora que se llamara, por ejemplo, Arcos de Puente, no tendríamos necesidad de preguntar para saber que su esposo era ingeniero.

Doña Petra Llave de la Puerta, sería una mujer ideal para portera de una casa.

Conoceríamos, además, a las señoras Mesa de Mármol, Dato de Carrreras, Corona de Espina, Puerta de Sala, Cabo de Vela, Ramos de Flores, Pico de Garza, Casal de Lobos, Orma de Calzado, Cerda de Guarro, Baños de Lamar, Barco de Vela, Cabezas de Cordero, Cuello de Toro, Sota de Spada, Montes de Robles, Ladrón de Caminos, Escalera de Fierro, Borda de Barca, y otras no menos interesantes, sin olvidar a las señoritas Sala y Alcoba que, como ustedes ven, deben resultar muy confortables, ni a la quejumbrosa Dolores de Ventre.

¡Que de ella les libre Dios por los siglos de los siglos!

Amén.

MÁXIMAS Y PENSAMIENTOS

El hombre recibe dos clases de educación: una que le dan los demás; otra, la más importante, que se proporciona él mismo. — *Gibbon.*

Las ilusiones son para el alma como para el pájaro las alas: su mejor sostén. — *V. Hugo.*

Procuremos que la vejez no nos sorprenda con más arrugas en el alma que en el rostro. — *Montaigne.*

La libertad es el derecho de hacer todo lo que no perjudique al derecho de otro. — *Turgot.*

Hay que ser esclavos de las leyes para poder ser libres. — *Cicerón.*

La honradez, como todas las cosas, tiene un límite. Muchos no pasan de él por exceso de ambición. — *J. M. Braña.*

¿Sabéis lo que bebe ese hombre en el vaso que vacila en su temblorosa mano de beodo? Pues bebe lágrimas, sangre, la vida de su mujer y de sus hijos. — *Lammenais.*

VAMOS A VER...



¿CARIÑO?

—¡Si supieras qué ganas tenía de verte llegar!...

—¡Cuánto me quieres!...

—Es que ha venido dos veces a cobrar la modista...

ORIGINALIDAD

—Hijo mío: yo quisiera que te aplicaras más, verte más estudioso. Todos los niños bien educados saben inglés.

—Bien, mamá; pero bien sabes que a mí me gusta ser original, y saber lo que todos saben no da ninguna distinción.

COSAS DE CHICOS

—Y tú, ¿cómo te llamas?

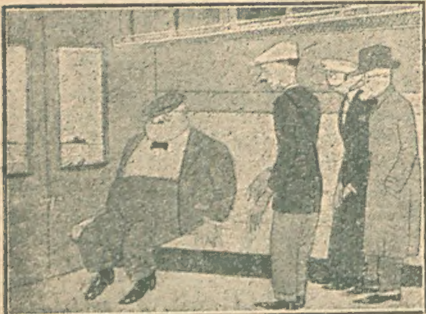
—¿Yo? Como el primer hombre del mundo.

—¿Adán?

—No, señor.

—Entonces, ¿cómo?

—Primitivo, señor.



INCONVENIENTES DE LA GORDURA

—Señor, venimos una comisión de viajeros a rogarle a usted que se apee, porque vamos a llegar con mucho retraso al punto de destino.

EL QUE CONOCE A SU PATRÓN

—El patrón me ha dicho que vuelva usted mañana a esta misma hora; así es que es seguro...

—¿Que cobraré, al fin, mi cuenta?

—...que no le encuentre usted.



RAZONABLE

—Volvámonos a casa. ¡Hace un frío que corta!

—No olvides que tenemos la sierra al lado.

LOS PRIVILEGIADOS

Don Tranquilino entra en su casa en el momento en que la criada grita endemoniadamente.

—¿Qué le pasa a esa sirvienta? ¿Es que se queja aún de que no gana suficiente?

—No es eso: protesta porque dice que le han robado un collar de perlas.

INCIDENTE SIN IMPORTANCIA

En la vista de la causa contra el pobre Pardiñas, éste, en un momento de furor, se lanzó contra el presidente y le sacó los ojos.

—¿Y qué pasó entonces?

—Nada; que el presidente agitó la campanilla y dijo que se "había terminado la vista".

HISTÓRICO

Don Eulogio Florentino Sanz, autor del hermoso drama "Don Francisco de Quevedo" y excelente traductor de poesías alemanas, contaba que cuando fué cónsul de España en Hamburgo, recibió la visita de un negociante judío, con quien sostuvo el diálogo siguiente:

— Señor cónsul: estoy seguro de que un español tan distinguido como usted, no fumará el tabaco malo que se vende por ahí. Vengo a ofrecerle de lo mejor que se cosecha en la Habana.

— Si es legítimo, puede usted contar con un cliente.

— ¡Vaya si es legítimo!... Puede verlo en seguida el mismo señor cónsul.

Y, al decir esto, presentó una caja de cigarros en cuya tapa podía leerse: "Brevas de CABANAS".

Don Eulogio le devolvió la caja sin abrirla, diciéndole:

— Llévesela usted. No es de la Habana.

— Ahora reconozco — respondió el judío, dando pruebas de su frescura admirable — que el señor cónsul es inteligentísimo en habanos... Estos, a la verdad, no son legítimos; pero, creyendo habérmelas con un fumador vulgar, los he traído. Ya le presentaré a usted el tabaco preferido por las testas coronadas.

— Bueno; pero no olvide usted que sé distinguir...

— ¿Me permite el señor cónsul que le haga una pregunta?

— Hágala usted.

— ¿Cómo, sin abrir la caja, sabe usted que estos cigarros no son habanos?

— Nada más fácil. Si estos cigarros fueran de Cuba estaría escrito en español lo que dice la tapa. No diría brevas de "Cabanas", sino de "Cabañas".

— Muchas gracias, señor cónsul; mañana volveré.

Y volvió, en efecto, al día siguiente con varias cajas de cigarros con grandes letreros: "Habaños Cabañas".

PROBLEMA DE ACTUALIDAD

—¿Qué te preocupa, amiga mía?

—Que no sé qué hacer. Si me compro la ropa que me gusta, no me quedará dinero para ir a Mar del Plata; y si no tengo ropa que mostrar, ¿para qué voy a ir?

DEFINICIONES

—¿Qué es la caridad?

—A punto fijo no sabría definirla; pero creo con Erasmo que la caridad se parece a la capucha de un monje, porque suele cubrir infinidad de pecados.

ENTRE NOVIOS

—Lo primero que deseo que me compres cuando nos casemos — dice la novia — son unos pendientes.

—No te aflijas, vidita; pendientes me sobran.

—¿Cómo que te sobran?

—Sí, amada mía; tú no puedes calcular las cuentas pendientes que tengo yo.

COLMO

—¿Cuál es el colmo de un atracador?

—Morir de un "atracón".

INGENIO VIVAZ

Cierto general francés, envidioso y adulador, decía al gran Condé, que acababa de triunfar en Rocroi:

—¿Qué podrán decir ahora los que envidian vuestra gloria?

—No lo sé — repuso el príncipe; — esperaba vuestra opinión.

EN EL COLEGIO

—Señor maestro: a esta regla mía le falta algo.

—¿Y qué le falta?

—La excepción.

EN EL CONGRESO DE ANIMALES

—Compañeros: vamos a tratar del respeto que debemos tener a los demás—dice el tigre.—¿Estamos todos?

—Falta la liebre — grita uno.

—Sí, ya sé; me la he comido yo.

LÓGICA INFANTIL

—Papá: me parece que es un disparate muy grande eso de decir al hablar por teléfono: "¡Hola! ¿Quién habla?"

—¿Y qué habría que decir?

—¡Hola! ¿Quién escucha?



COSAS DE CHICOS

—¿Pueden casarse las muñecas?

—A decirte verdad, no lo sé; pero la tía solterona dice que debería haber una ley contra los hombres que se casan con muñecas...

ANÉCDOTA

En cierta ocasión, uno de los íntimos de Barbey d'Aurevilly le reprochó, a más de la extravagancia de su traje, la altivez intransigente de opiniones y de creencias con que se aislaba voluntariamente de la sociedad de sus contemporáneos.

—Amigo mío — dijo desdeñosamente el original escritor, — las águilas vuelan solas; sólo los gansos van en bandadas.



CAMBIOS DE TIEMPO

—¡Todo tan bonito en verano: los árboles, las últimas rosas!...

—Sí, es como la primavera; pero como una primavera vieja.

COSAS DE IDIÓTEZ

—¿Por qué se levanta usted tan tarde? — preguntan a Idiótez.

—Porque como duermo muy despacio necesito mucho tiempo para descansar.

DIFICULTAD TERRIBLE

—¿Por qué no te casas con Melania, tan riquísima como es?

—Porque es feísima.

—¡Bah! Ya sabes que la belleza dura poco.

—Es verdad; pero la fealdad no se acaba nunca.



EN EL CAFÉ

—¿Dos pesos por un helado? ¡Está usted fresco!

—¡Naturalmente, como que los helados son excelentes.

EL PILLETE

RELATO DE ANTAÑO

POR

JUAN RÓMULO FERNÁNDEZ

(Continuación del número anterior)

DIBUJO DE BIONDINI

EL vicario aparecía después como guerrero: con otros rapaces del barrio, que tomaban denominaciones extranjeras, se libraba cada combate que era un horror; no quedaba de aquellos cuadros de atacantes y defensores, en el campo de Marte, ni un soldado en pie, pero sí quedaba para la Toribia el patio sembrado de trozos de barro, mientras el jefe vencedor, montado en su caballo de caña, le decía: — No deje usted, heroica hermana de la Cruz Roja, un solo cráneo o fémur sin darle honrosa sepultura.

La vanguardia de las tropas estaba siempre formada por una serie de huesos del carpo y tarso del buey y ganado menor, los cuales afectan la figura de un rey de naipes. Los otros cuadros eran de los soldados de barro, carne de cañón, que resultaban siempre siendo los patos de la boda, y cuyos fragmentos se encargaba, en efecto, la negra de transportar en la pala hasta una zanja de la huerta, suerte de huesa histórica en los anales de Mingo. Griegos y troyanos iban a parar allí, porque Mingo era imparcial para uno y otro campo, pues distribuía por iguales partes las fuerzas del combate: "Se conmueven del inca las tumbas"... "Desde un polo hasta el otro resuena...", estrofas eran que llegaban recién escritas buscando el oído de las gentes en la aldea y que tenían honda resonancia en el corazón de Mingo, como que en la casa habían tomado carta de ciudadanía y en las sonoras batallas eran canto de guerra y de victoria. De un cielo cerrado y plomizo había empezado a caer, un día de junio, en blancos copos la nieve. No había de ser Mingo quien desperdiciara la ocasión de recoger y amontonar aquel precioso material. Llegó a formar una cordillera, y dando vuelo a la fantasía y al son de aquellas mágicas estrofas, pasó sobre ella con su ejército en pos de quién sabe qué sueños de cóndor.

¿Qué raro instinto había en este muchacho que le inducía, no a pedir la luna, como los chicos atolondrados, sino a remedar, con semejante desparpajo, cosas y hechos serios y grandes cuyo significado no podía, a su edad, comprender bien?

Andando el tiempo, aquellos arrestos iban cobrando en Mingo formas más concretas. El grupo de rapaces había llegado a ser de seis a siete; y tenían grandes desafíos con muchachos que venían en pandillas de otros barrios. Señalados el día y el lugar de la batalla, los bandos concurrían resueltamente, armados de sendas picas y con los bolsillos de la ropa llenos de cantos rodados. A cincuenta varas empezaba el fuego. ¡Qué pedreas! ¡Qué garroteaduras, después! Hubo veces en que los combatientes quedaron para la cama por algunos días. En una de tantas, los de Mingo perdieron la partida y el propio Mingo cayó prisionero. ¡El jefe en manos del enemigo!... Desarmáronlo, atáronle un madero sobre la espalda, a modo de yugo con que se unce a los bueyes, y así lo obligaron a andar camino de los cuarteles, donde recobraría la libertad cuando pudiese pagar una indemnización de treinta reales. De los compañeros de Mingo, todos habían tenido que abandonar el campo llenos de equimosis y sólo el Guacho Riveros, su capitán ayudante, le acompañaba, aunque llorando y moqueando, y todo ensangrentado. Iban por una calleja solitaria hacia el poniente, cuando Mingo propuso a los verdugos que dieran libertad al compañero y que él pagaría doble indemnización, lo que fué aceptado; y al Guacho, en consecuencia, se le franqueó el paso, y tomó las de Villadiego, después de haber recibido de su jefe el encargo de reunir a los compañeros para vengar la cancharrayada. A poco andar, el grupo llegó a un canal, el del molino de Torres, y cuando los vencedores quisieron acordar, Mingo se había tirado al agua, sirviéndole el madero para tenerse a flote y asegurar la vida. Desde lejos, Mingo les golpeaba la boca en son de befa a los de aquella chusma embravecida.

Hacia el lado de Puyuta había unos muchachos camorristas, amigos de promover querella al más pintado, por lujo de guasa, dando pesadas bromas a quien se ponía a tiro. Eran tres hermanos: Bonifacio, Héctor y Marcelino, apodados, respectivamente: Pajarito, Chufa Seca y Carancho; unos pájaros de cuenta con quienes el barrio ya no tenía vida, porque cuando no desgajaban los árboles de las huertas robando frutas, le ahuyentaban el rebaño a algún ovejero de paso o trepaban a un campanario para dar un repique y salir luego a escape. Pajarito — mulato regordete — había recibido la comisión de dársela a Mingo, para castigar en éste el delito de haberse vuelto "presumido", porque sólo un presumido, decían, puede andar saliendo en defensa de los animales (caballos, perros, pájaros y cuanto Dios creó) cuando se trata únicamente de divertirse probando el látigo o ensayando la puntería.

— Si no se anima el pueblero a pisarte la raya, le mojás la oreja — le dijo en el conciliábulo, el mayor de los tres.

— Y se le envita pa esa mesma noche pal campito e batalla, y que la sopapeadura sea de las que no s'empardan, — agregó Chufa Seca.

— Si está manso, puedes conformarte, Pajarito, con el primer chocolate; pero si se encocora, le ponís también un ojo en tinta al chúcaro, y de yapa la trompa como pa chupar naranjas — repuso un allegado.



HABÍA EN LA CASA UNA CHICA, ANTONIA, QUE ERA LINDA COMO FLOR DEL CAMPO

El campito de batalla o reñidero de estos gallitos, era una plazoleta, llamada de la Pirámide, sita en el límite oeste de la ciudad.

La ocasión de desafío se presentó más pronto de lo que podía esperarse. Al día siguiente encontráronse Mingo y la cazcarria del terceto, y el resultado fué que a la primera provocación, a Pajarito le calentaron la cara con un sonoro "bife" y que, empeñado allí mismo el pugilato, Mingo derribó dos veces en tierra a su adversario. Aquello era algo increíble y Pajarito, después de recoger y calarse el sombrero de panza de burro que había rodado por ahí, y herido en su amor propio, volvió hacia Mingo y le dijo:

— Me has madrugado y he caído dos veces al suelo; pero agarremos cada uno un garrote, y otra cosa será con guitarra, Mingo.

— Pajarito — contestó el agredido,— si estás satisfecho, dejémoslo así, pero si para convencerte es necesario apalearte, lo haré sólo por complacerte.

La respuesta fué más eficaz que el bife, y Pajarito juzgó prudente aplazar la nueva prueba.

Pero el Carancho era individuo de mala entraña y sin duda los circunstantes estaban ya encontrando raro que no hubiese copado la banca en la parada. Así, pues, queriendo empatar al héroe de la tarde, le preparó una trastada de este modo: uno de los muchachos se colocó, con todo sigilo, detrás de Mingo, asentando en tierra con las rodillas y las manos y quedando como un puente, y entonces el Carancho le dió en el pecho a Mingo, de improviso, un empellón, y Mingo al irse de espaldas y tropezar con el obstáculo, cayó, como era fatal que ocurriese. El suceso fué celebrado con la risotada de todos.

— ¡Por madrugador! — dijo el Carancho.

— ¡Muy bonito! — respondió Mingo; — venir a mojarle la oreja a uno y terminar con la zancadilla de la traición. ¡Ea! ¡Cobardes..., raleándose!

En momentos en que Mingo, bramando de coraje, y sin medir la desventaja de su situación, se apercibía a dar y recibir trompadas, apareció una comisión de policía: un cabo y dos soldados, en sus caballos patrios.

—¡Largo de ahí... so granujas, sabandijas, pícaros de siete suelas! — ordenó el cabo.

Mingo, encarándose con el policiano, y mientras los otros ponían pies en polvorosa, habló así:

— Para dispersar esa cuadrilla, me basto yo; no ve que...

Irritado por la arrogancia de Mingo, el de la jineta no dejó al muchacho terminar la frase, y le cruzó la espalda de un azote con el arreador.

Mingo se guardó bien de que nadie supiese de esto último, y él sólo se curó el cardenal que le había dejado el látigo en las asentaderas, aplicándose la pomada de todos: sebo de vela.

Pero tan travieso como era Mingo entre la gente, sentíase defensor de las plantas y de los animales. Un día le plantificó una cachetada a cierto diablejo de muchacho que tronchó un arbolito, y luego, para consolarlo, le ofreció una estaca que sacaría de la higuera del patio de su casa, para que el aturdido diablejo la plantase en la suya. Otro día tuvo una de a pie, en la que Mingo la sacó mal, porque esta vez tampoco midió las fuerzas del adversario, un grandulón fornido y tosco; y así fué que al increparlo severamente porque el grandulón, que conducía una chata cargada, le pegaba con el cabo del rebenque en la cabeza al pobre jamelgo atado a las varas, recibió por respuesta un soplamocos que lo ensangrentó.

Cuando, horas más tarde, Mingo refería a Procesa el episodio, oyendo de ésta los reproches de pendenciero y montaraz, dijo con retintín:

— Hay que tener compasión de los animales. Estudiando a los peces aprendió el hombre a construir navíos, y así vino Colón al Nuevo Mundo. Con el caballo se hizo la conquista de América, que fué el primer paso hacia la civilización, y con el caballo se está haciendo la independencia... ¡Qué embromar! Y te diré más: de las arañas aprendió nuestra madre el arte de tejer..., así como vos les has aprendido el modo de tender redes.

Hemos visto en el capítulo anterior que Mingo no había podido conseguir los medios de continuar su instrucción — "para ser útil a la América", según la expresión del padre — fuera de la provincia. Pues ello no era cosa para echarse a muerto: se ocuparía en lo que hallase a mano. El éxito corresponde en la vida — decía doña Paula — a los que saben sacar partido de todas las circunstancias que surgen al paso, aun de las más adversas.

Entró como dependiente en la tienda de una tía. Sin duda esta tía pensó que había hecho un hallazgo, dado que se trataba de un muchacho tan listo, que tenía fama de no dormirse en las pajas. A poco comprobó, sin embargo, que el comercio no prosperaba gran cosa, y empezó a echar de menos la listeza del muchacho. Los cuadernos, los lápices, las cartillas, todos, en fin, los útiles escolares que la casa tenía en venta, eran renglones de escasa o ninguna ganancia para la dueña, dado la forma como en esto se manejaba el dependiente. ¿No tendría Mingo sus uñitas?, llegó a preguntarse para sí misma la patrona. Y decidió — ¡quién lo creyera, remontándose un siglo atrás y en una aldea! — decidió ser toda ojos. Ocurrió cierto día que al cobrar a una mujer el importe de su compra, el dependiente retuvo, por equivocación, unos reales de más; y como al hacer, más tarde, las cuentas, lo advirtiese, corrió a la casa de la mujer, la que vivía a muchas cuadras de distancia, y le entregó el sobrante. Además, el dependiente se lo pasaba engolfado en lecturas, lo cual no siempre es bien visto, según lo prueba el hecho de que una parienta solía decir, al pasar: "Libros de perdición han de ser los que tanto interesan al mocoso." (Eran los catecismos de ciencias y artes de Ackerman, que estaban allí en venta.) Un día el dependiente vendió casi a precio de costo — ¡qué enormidad! — una partida de tabaco introducida de contrabando por la cordillera, de la cual la tía proponíase sacar pingüe ganancia, y esto ya era intolerable.

— Has errado el oficio, muchacho — le dijo la propietaria. — La tuya es vocación para sacerdote.

Alguien quiso atribuir esto a equivocación, pero Mingo se sostuvo en la verdad: no era equivocación.

Tenía Mingo verdadero horror a la mentira, y era muy difícil que alguien pudiera engañarlo. Para él un mentiroso era siempre un zonzo, aunque alguna vez lograse parecer vivo. Más se gana con decir la verdad, mayormente si se tiene el valor de proclamar la verdad en contra de algún eventual interés nuestro, solía decir; y si alguien le discutía el punto, traía siempre a cuento aquello de que la mentira tiene piernas cortas y nariz larga.

Mingo era, además, un muchacho todo dinamismo. Durante todo el día estaba en movimiento. A la siesta, mientras la gente dormía, hurgueteaba en todos los rincones y vericuetos, y cuando no hallaba un poco de dulce, se conformaba yendo a saltar tapias y a corretear lagartijas. Leyendo a Franklin, había hecho suyo el pasaje, quizá sin comprenderlo todavía en toda la intensidad de su faz positiva, donde aquel maestro dice que la pereza camina tan lentamente, que pronto es alcanzada por la pobreza; que el segundo vicio es mentir, el primero adquirir deudas; que la mentira va a caballo de la deuda.

Precisamente, Mingo había estado un tiempo, un tiempo que no podíamos olvidar en esta narración, al lado de un sacerdote: un tío, también, don José de Oro, desterrado de San Juan con motivo de la revolución político-religioso-social de 1825, y establecido en San Francisco del Monte. Era el tal un fraile de temple varonil, vivaz, enérgico, que sabía, además de los latines, sus cuatro letras laicas, y que mostraba igual acierto cuando administraba los oficios religiosos, que cuando en una "chingana" se arremangaba la vestidura talar negroverdosa (alias sotana), para bailar una cueca de aquellos tiempos o un gato bien zapateado. Mingo fué durante una buena temporada de esa proscripción el monaguillo, el discípulo y el compañero del tío presbítero. Se ha dicho siempre que de ninguna tutela, como de la tutela de un fraile, sale un muchacho más diantre.

Ninguno ayudó al ayo a cultivar una chacra y a reconstruir la iglesita. Mingo, santito de altares en la mañana,

era gato de azoteas por la noche; y gatos y diablos son cortados por la misma tijera, iguales, en eso de estar en los templos como una seda y en lo otro de huirle al agua bendita como a la señal de la cruz. Una vez se encontraron unas viejas muy devotas con que les habían atado las polleras, cola con cola. Otra vez, durante la misa, fué espantada una gallina que empollaba una nidada bajo el altar mayor, y la que salió cacareando como una endemoniada. Era ello cosa del infernal, para todos y de ningún modo del sobrino del cura, jovencito tan inteligente que había trazado el plano de una villa y a quien se llenaba de atenciones, proveyéndolo de leña, de quesos, de huevos; pero para el presbítero, era Mingo el diablillo de la sacristía, y celebraba a solas las truhanerías del sobrino.

— No sirves, muchacho, para monaguillo — le dijo un día; — yo creo que como partiquino de teatro estarías impagable.

Se ha dicho que allí Mingo se dedicó a maestro de escuela, teniendo por discípulos, bajo unos árboles y a la vera de un rancho, a unos cuantos mocetones del lugar; pero ello no está probado. Sábese, sí, que por entonces un reo que había sido condenado a seis años de trabajos en las minas, obtuvo, en gracia de pertenecer a una familia influyente, que le fuera conmutada la pena por la de tres años de maestro de escuela. Sábese, también, que organizó una fiesta de carnaval y que hizo las delicias de la pequeña población al frente de una comparsa. Y todo esto no podía, ciertamente, ser pasado por alto.



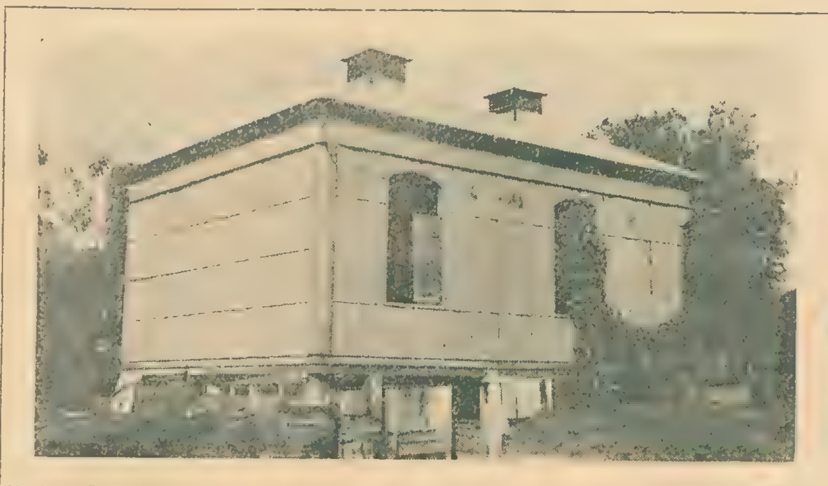
LA CASA DONDE FALLECIÓ SARMIENTO, EN ASUNCIÓN

AMORCILLO

Tenemos a Mingo, ahora, frisando en los 16 abriles y con un amorcillo... ¡Un amorcillo! Sí, señor; el chico del carcaj le ha clavado una de sus flechas en medio del pecho. Dice la leyenda mitológica que cuando la flecha tiene punta de oro, será un amor feliz, y que será desgraciado si la flecha tiene punta de plomo. ¿Cuál de las dos puntas fué a clavarse en el pecho de Mingo?

Allí, en San Francisco, uno de esos pueblecitos que de tarde en tarde surgen como oasis en la inmensidad de las pampas argentinas, se operó el milagro: el milagro de todos los días.

Una familia de la localidad había abierto las puertas de su casa a Mingo. Aquella casa, de amplios corredores, con jardín de pajaritos y alelíes en el patio, la cual se levantaba en medio de un huerto de vides, perales y membrillos, si bien desprovista de todo ornato, era allí, en el oasis, la nota de buen gusto. Muy temprano, cada día, era barrida y hubiera podido decirse que los ladrillos brillaban como espejos. Tupidas enredaderas caídas a modo de cortinas, mantenían en verano delicioso fresco. Quien penetraba en aquella casa sentía que una suave ola de bienestar le inundaba el alma. Tal nido para tales avecillas: la gente era buena como la casa.



ORIGINAL EDIFICIO, QUE SE CONSERVA EN ASUNCIÓN, EN EL QUE SARMIENTO PASABA LA TEMPORADA DE INVIERNO

FOTOS DE PEDRO BIDOLEGUI

Esta gente había abierto sus puertas a Mingo precisamente cuando Mingo se había visto envuelto en una borrasca. ¿Cómo iba a permanecer mucho tiempo en quietud este muchacho que parecía tener un hormiguero en la columna vertebral? Tan criticón como era, había atacado a las autoridades locales, a esas autoridades de campaña que sólo interrumpían la monotonía de su vida de parásitos para cometer algún desaguisado, y había, por otra parte, señalado defectillos de aldea; y eran muchos los que andaban como avispas contra Mingo. Y Mingo había encontrado aquel refugio de espíritus cuerdos.

Había en la casa una chica, Antonia, que era linda como flor del campo. Los mozuelos del lugar se quedaban mirándola cuando ella pasaba camino de la iglesia. Mingo, robusto de cuerpo y tan espabilado de espíritu, y en quien ya empezaban a encabritarse los instintos viriles, también sintió la sugestión de aquella criatura.

Muchas veces, en su infancia, había Mingo jugado a los novios; pero ese juego no había tenido más significación que el juego a los soldados, por ejemplo, es decir, pura chacota. Ahora ya no era papel picado sino un sentimiento que se manifestaba de modos distintos: en presencia de ella, por una turbación; lejos, por un recuerdo persistente. Este muchacho que era tan decidor, que atravesaba un río a nado y que jamás quedaba con la última palabra entre los dientes, ante esta chica no sabía qué decir.

En la casa de Antonia habían llegado a tomarle el tiempo a Mingo, empezando por mostrarse un tanto retraídos. Durante sus visitas vino a advertirse menos familiaridad que en los primeros tiempos. Un instinto de delicadeza mandaba poner en guardia a aquella familia: algo les decía, allí, que Mingo, aunque no hubiese visto mecerse su cuna en un palacio, apuntaba lejos e iría más lejos aun, y si estaba llamado a grandes cosas, a su tiempo querría elegir compañera en las altas capas sociales: la casa, si bien honrada, era humilde.

Por su parte, Mingo no había echado cálculos de ninguna clase en este asunto. Le gustaba aquella mujer y eso era todo. El entusiasmo y el amor se manifestaban en él como un exceso vital.

Para cierta noche en que se presentaba la oportunidad, hábilmente buscada por Mingo, de bailar en casa de aquella familia, éste había preparado una declaración, entre discurso y poema, para arrullar el oído de Antonia; pero llegado el momento, y mientras la música de una orquesta formada por una guitarra, una bandurria y un violín, llenaba la sala de regocijo y hendía los aires en un dilatado ámbito, Mingo, ya a punto de finalizar la tertulia, pudo colocarse en el terreno y decirle, mientras le estrechaba la mano:

—¿Cree usted, Antonia, que su correspondencia a mi amor sea tal que yo pueda pensar un día en hacerla la compañera de mi vida?

La respuesta, más bien que con palabras, fué dada en el arrobamiento de un transporte idílico.



LA ESQUINA DE LAS CALLES MAIPÚ Y CORRIENTES, EN EL AÑO 1873, ÉPOCA EN LA CUAL SARMIENTO FUÉ BLANCO DE UN ATENTADO, DEL QUE NO LLEGÓ A ENTERARSE DEBIDO A SU GRAN SORDERA

(De un grabado de la época)

La música desgranaba sus últimas notas en la noche, y cuando Mingo se alejaba, poco después, de aquella casa en la que había dejado el corazón, habría podido decirse que las estrellas bajaban del firmamento para poner luz en lo interior de aquel vagabundo del destino.

Estaba realizado el milagro: la parábola del amor, de ese amor casto que nace sólo en el pecho de todo ser normal a los 18 años, al modo que nace espontánea la flor del campo, y que deja huellas imborrables en el alma, envolviéndola como en un halo de bienaventuranza. Deleite turbador, dulce pena, luminosa cruz: como siempre. Amorcillo...; más: amor niño; más aún: ¡el primer amor!

CORRERÍAS MILITARES

Después de dos años de andanzas Mingo volvió a sus lares, traído por su padre. Insistía el padre en mandar al muchacho a estudiar en Buenos Aires, "para que el tal mi hijo, pueda ser útil a la América". Pero otra vez la fatalidad vino a cerrarle el paso: en San Juan aparecía en son de conquista..., ¿quién?...: Facundo..., nada menos que el general Juan Facundo Quiroga, que hollaba los pastos, los hombres y las ciudades.

La organización política del país fué un problema más difícil que el de la libertad. Ningún muchacho, sobre todo si era de temperamento belicoso y expansivo, podía escapar a las turbulencias de la época. La ola de la guerra civil llegó a San Juan, y abrió para Mingo un nuevo ciclo de acción.

—A engancharse tocan, y el mejor oficio es el de pelear — era la voz que vibraba en el ambiente.

Y Mingo, que sobre las páginas de los libros se había identificado con Leonidas, con César, con Wáshington, fué arrancado de su tienda por la leva, que era el manotón del gauchaje hirsuto y bravío.

En la guardia del cuartel, al ofrecérsele el título de alférez de milicias en el bando de los federales, él contestó con cuatro frescas. Fué conducido a presencia del gobernador, quien le haría bajar el gallo al mocito. ¡El gobernador!... ¿Qué jovenzuelo, por zafado que fuese, no se azoraría en presencia del gobernador?

—La firma que hay en este papel de protesta, ¿es suya, señor?

—Sí, señor.

Pero contemplemos la escena. Como el gobernador — que en ese momento tomaba el "solcito" — no respondiese al respetuoso saludo de Mingo, éste levantó en un gesto decisivo el sombrero, encasquetándoselo, y así dió la respuesta. Pasando de la estupefacción a la ira, el mandatario clavó los ojos, como dos flechas, sobre los ojos del mocoso, después de medirlo de arriba abajo. En vez de desconcertarse, Mingo sostuvo aquella mirada, briosamente, airosamente, sin pestañear. Al fin el mandatario bajó la suya.

— Edecán, conduzca preso a ese caballerito, y que le apliquen en las asentaderas un buen sudorífico de cáscara de novillo.

Si le dieron la azotaina y si fué con lonja de suela o con verga, nunca lo dijo Mingo, pero de allí salió unitario.

Tafín, Niquivil, Pilar, campos de sangre de aquella guerra civil, o acaso mejor dicho guerra social, en la que chocaron tantas acrimonias y la que fué pira de tantos sacrificios, probaron el temple fuerte y sufrido de Mingo. El hambre, la sed, la pólvora los bayonetazos, los sobresaltos, las ciudades desguarnecidas, el desierto, el analfabetismo, la demagogia — tales eran los pormenores del cuadro; — y el muchacho que, a fuer de valentón había abrazado la causa política de la minoría, empezó a ver que aquel caos era el barro informe de que se hacen los pueblos, y que si Rivadavia había tenido que ceder el lado a Facundo, era que las acciones y reacciones propias de la lucha entre el cerebro y el brazo pasaban por la primera prueba y la ganga dominaba todavía el mineral útil, y terminó por comprender la necesidad de que se formase a sí misma la generación capaz de abatir un día la barbarie para establecer el imperio de la civilización. Rivadavia, unitario, era la ciudad; Facundo, federal, era la campaña. Y la ciudad era un punto, una lucecita, en la inmensidad del territorio, vale decir, que el presidente debía ser vencido por el caudillo. ¡Los apóstrofes y las actitudes con que Mingo, que era un mocetón de diez y ocho a veinte años, respondía a la zarpa de los tiempos!

Pero hay un episodio que tiene significación en este relato. Un día, 8 de diciembre, se celebraba en el Pueblo Vie-

(Continúa en la pág. 24)

LA SEMANA GRAFICA

DE LA CAPITAL Y DE LOMAS DE ZAMORA



CAPITAL. — Durante el funeral proletario efectuado en el teatro Coliseo, como un homenaje a la memoria de Nicolás Lenin, la más grande figura de la revolución rusa



Parte del inmenso público que asistió al funeral proletario



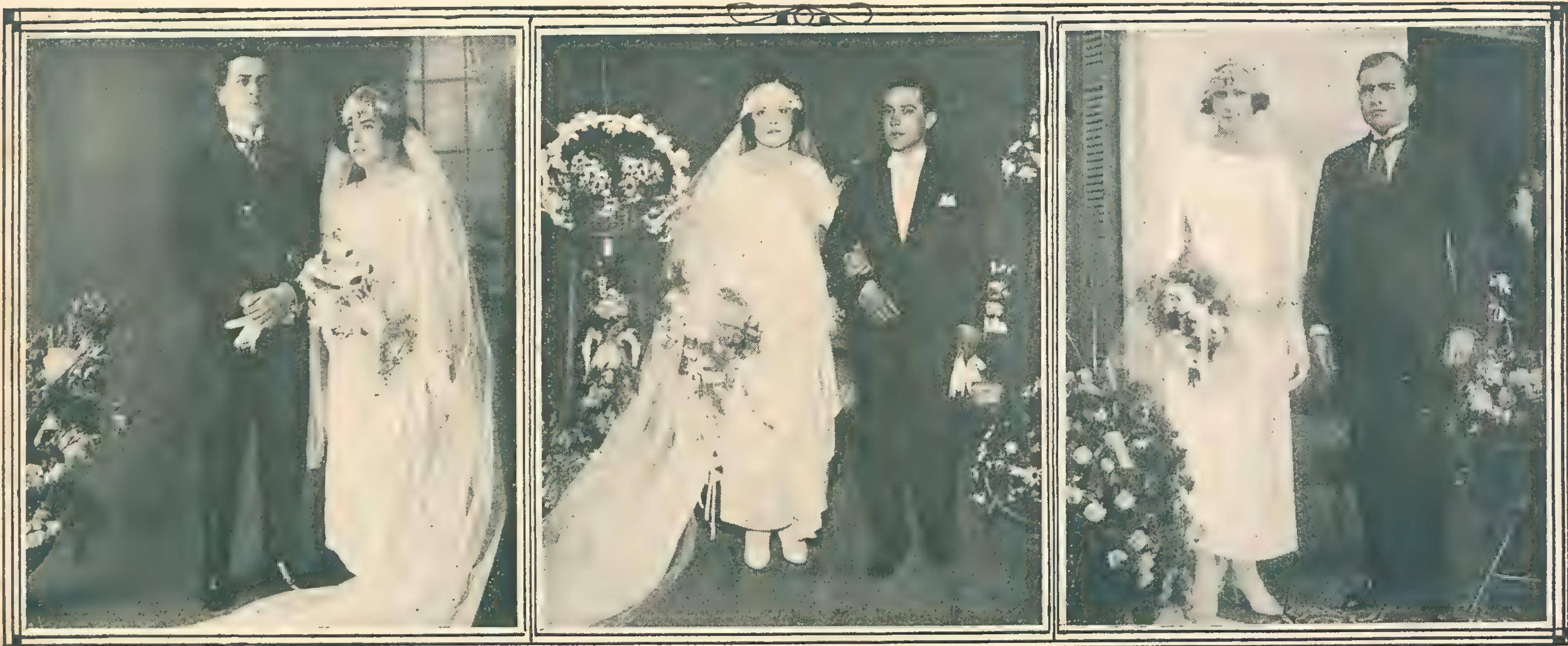
LOMAS DE ZAMORA. — Señoritas de Montes, Vila, Baliña, Plá Poleto, Trejo y Quijano, que ocuparon uno de los palcos, durante la realización del corso de flores, organizado con motivo de las fiestas patronales y a beneficio de la iglesia parroquial



Señoritas de Santos San Martín, Báncora y Pedemonte, que se lucieron en otro de los palcos

FOTOS DE LOUZÁN Y PARISIENNE

INFORMACION GRAFICA DE VARIAS PARTES



LOMAS DE ZAMORA. — Enlace Larres Rodríguez-Sofernó

LOMAS DE ZAMORA. — Enlace de la señorita Felisa Cohen con el señor Fabio Rujimsky

SANTIAGO DEL ESTERO. — Señorita Catalina Bour y señor Luis Beltrán Neirot

Los novios, momentos después de realizarse la ceremonia nupcial



COMODORO RIVADAVIA. — Alúmnos de la Escuela Nº 2 de la Nación, en los Yacimientos Petrolíferos Fiscales, que tomaron parte en el festival realizado con motivo de finalizar el curso escolar



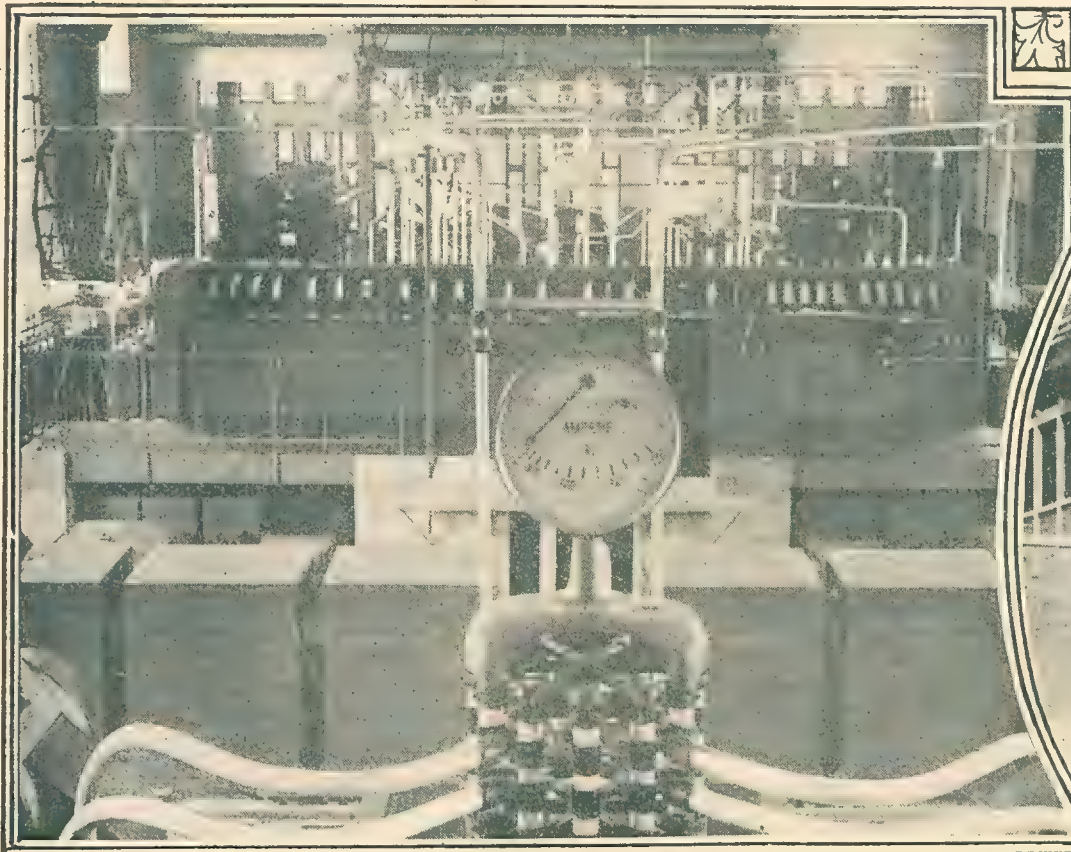
RESISTENCIA. — El director y el regente de la Escuela Normal, rodeados de los maestros recientemente egresados



CAPITAL. — En el momento de partir el tren especial, que llevó a Mar del Plata el contingente de escolares que constituirá la Colonia Marítima de Niños Débiles, creada por el Consejo Nacional de Educación.

FOTOS DE PARISIENNE, MOSQUERA, ANGELI, VÍA Y LOUZÁN

NOTAS VARIAS DE ACTUALIDAD



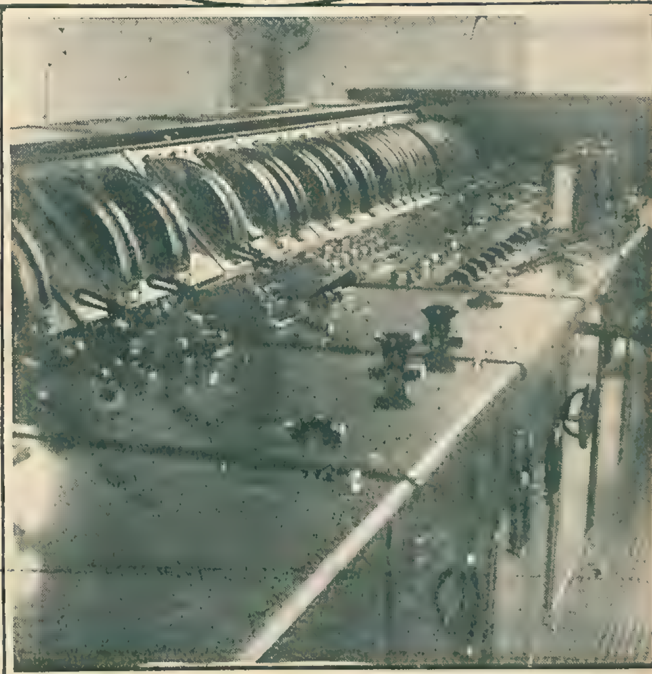
Interior de la estación radiotelegráfica ultrapoderosa de la "Transradio", recientemente inaugurada en Monte Grande



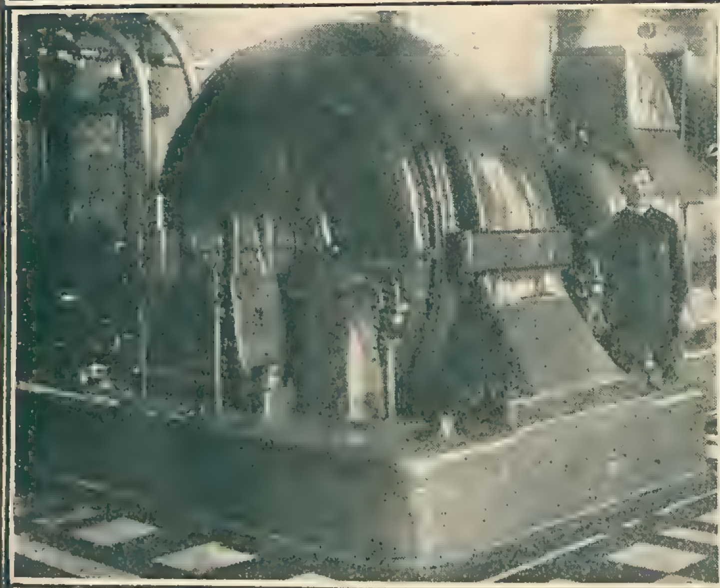
Vista general del edificio en donde están instaladas las usinas



Familias veraneantes de los pueblos circunvecinos que concurrieron a la inauguración



Un detalle de la mesa receptora y transmisora de despachos



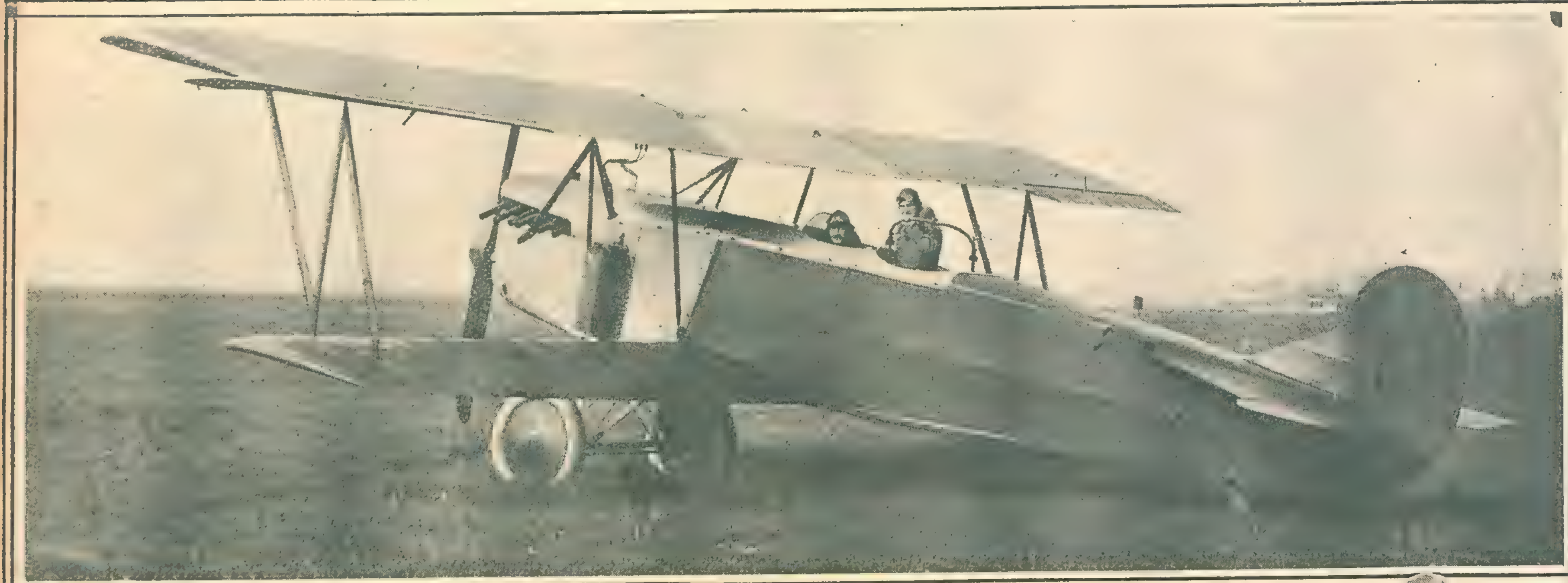
Un motor de alta radiación



El presidente de la República, acompañado de su esposa, los ministros del Interior y de Guerra y del jefe de Policía, asistiendo a la inauguración de la Cooperativa de Consumos de la Asociación Ferroviaria Nacional

FOTOS BUÑÓ

INTERESANTES NOTAS DEPORTIVAS:

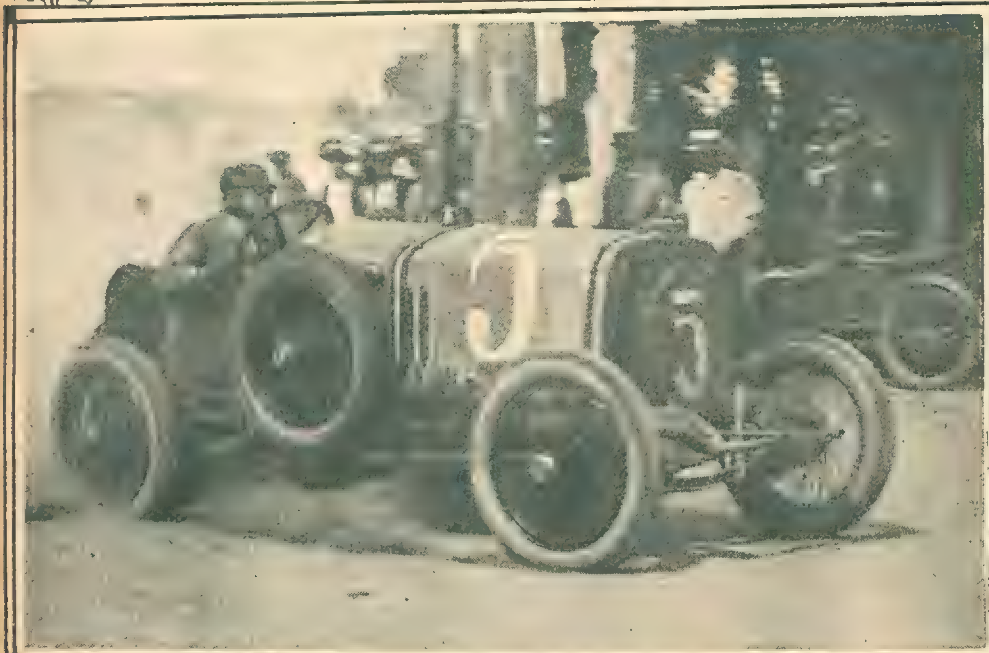


El Fokker C IV con que Otto Ballod batió el record mundial de altura, elevándose a 6.485 metros con un cargamento de 500 kilogramos de arena

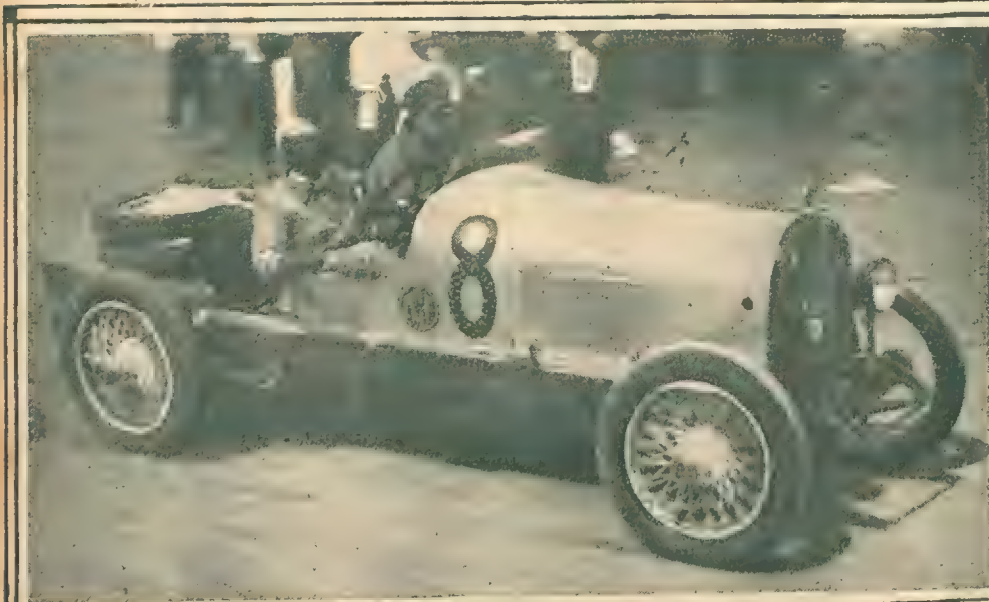




Dos fotografías del aviador Otto Ballod, que realizó la proeza en el campo de aviación de El Palomar



La gran carrera por la Copa América, disputada en el circuito de Morón sobre 200 kilómetros: Ernesto Blanchiardi, que se clasificó segundo, en un momento de la prueba



Juan A. Malcolm, que hasta ahora detentaba el record en la distancia de la Copa América y que llegó tercero a la meta



Raúl Riganti, reciente vencedor de la carrera Rosario-Santa Fe-Rosario, confirmando su intrepidez en el manejo del volante, se adjudicó la interesante prueba en 2 horas, 4 minutos y 50 segundos

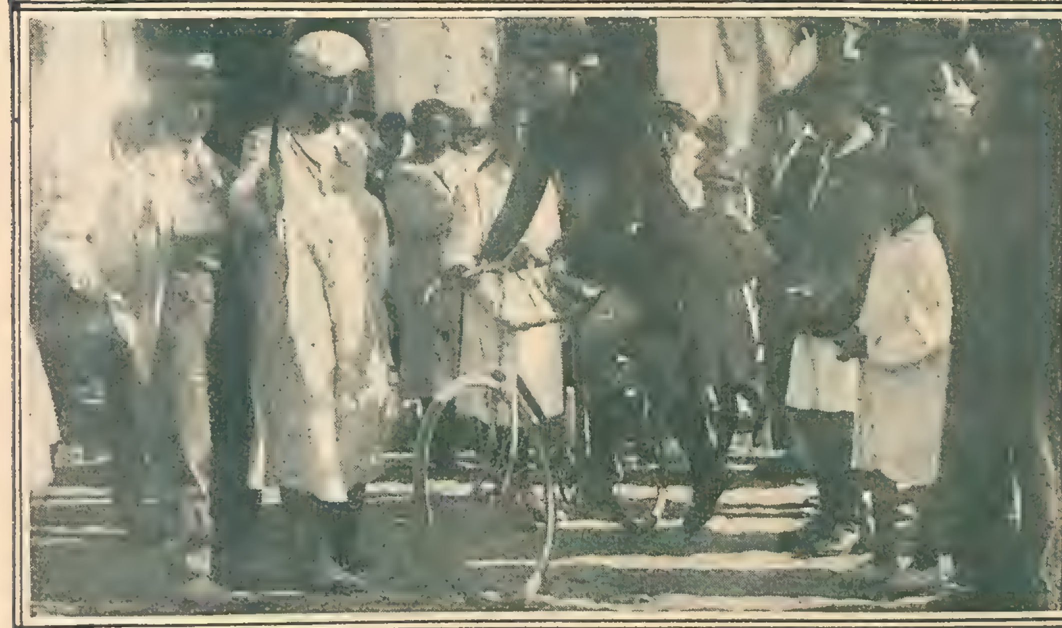
AVIACION, AUTOMOVILISMO Y CICLISMO



Las carreras ciclistas Buenos Aires-Salto Argentino y Buenos Aires-Pergamino, organizadas por el Club Deportivo América: Domingo Galliani, corredor de la 1ª categoría, firmando



Eugenio Verduna, del Club Ciclista Rosario, recibiendo masajes. Verduna, que resultó vencedor de la carrera Buenos Aires-Pergamino, cubrió la distancia de 280 kilómetros en 11 horas y 9 minutos



Un miembro de la comisión dando la salida a uno de los corredores



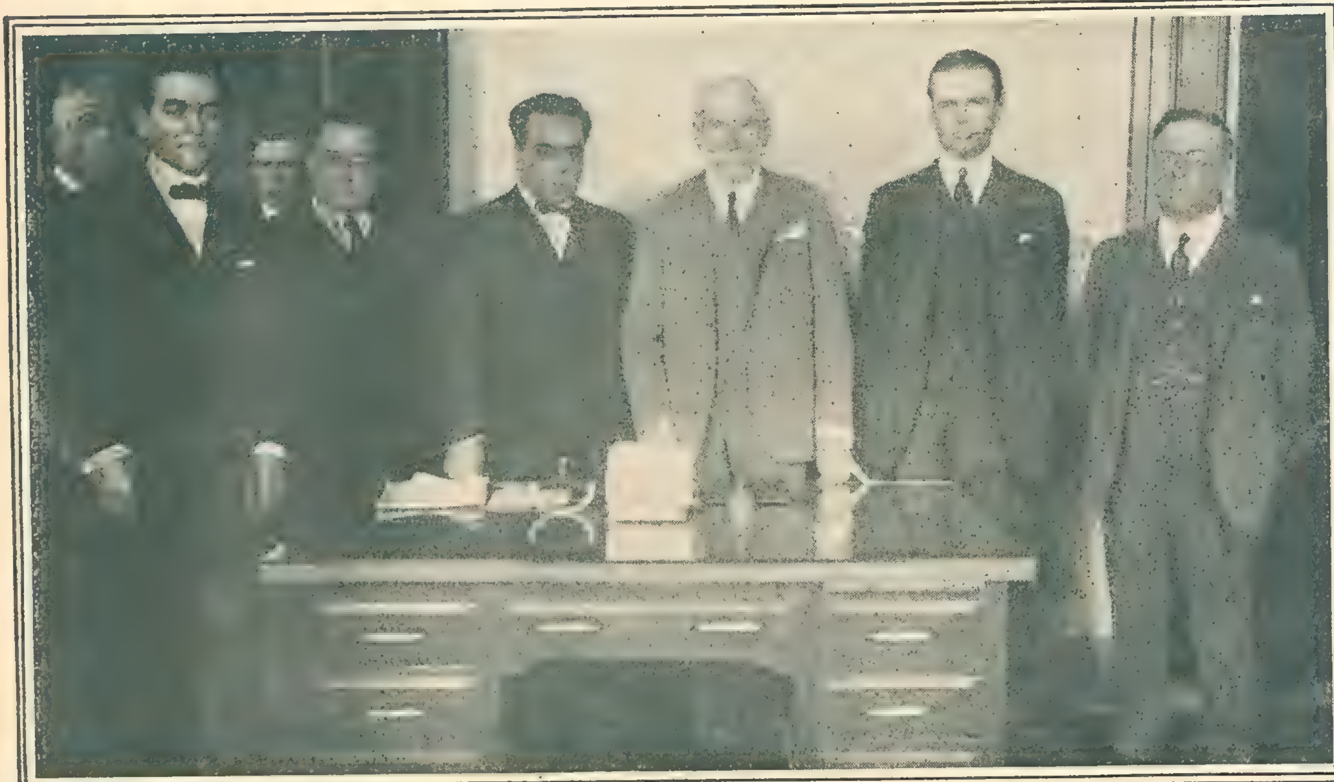
F. Feleni, otro de los competidores de la prueba, refrescándose en uno de los altos de la misma



Arturo Reigosa, del Club Ciclista Federal, que triunfó en la carrera Buenos Aires-Salto Argentino, recorriendo el trayecto de 210 kilómetros en 8 horas y 32 minutos

FOTOS SUÑÉ

MISCELANEA DE VARIAS PARTES



SANTA ROSA (Pampa). — El nuevo gobernador del territorio, señor Jorge Moore, acompañado del gobernador interino, doctor Degref, que le puso en posesión del mando, del ex jefe de policía, señor Videla, y de los señores Hárrington y Blac, nuevos secretario y jefe de policía



CACHEUTA. — Señoritas de Miralles, Raggio y Piola, saliendo de misa, durante su veraneo en las termas



TIGRE — Concurrentes al picnic realizado en Punta Chica, por el Club "Tigre Juniors", la semana anterior



CAPITAL. — Enlace de la señorita Emilia Clos con el doctor Antonio Cantó. Los desposados, momentos después de celebrada la ceremonia nupcial.



MONTEVIDEO. — Campeonato Nacional de "water-polo": Team Neptuno, que se clasificó campeón

FOTOS GARRACHATEGUI, BEJARANO Y ADAMI

ACTUALIDADES GRAFICAS DE ALEMANIA



Los desórdenes de los comunistas en Hamburgo: Policía y tropas del Reich, requisando a los paseantes, en las calles de la ciudad



El movimiento revolucionario de Baviera: Pelotón de soldados yendo a relevar las tropas de servicio en la frontera de Turingia



Tropas de Hitler, ejerciendo el control de las fronteras en Rodach, cerca de Coburg



Tropas de Hitler, en guardia, esperando el ataque de la Reichswehr, dos días después del fracaso de Hitler y Ludendorff



Una compañía de la Policía de Seguridad de Hamburgo, encabezando el cortejo fúnebre, en el sepelio de los restos de sus camaradas caídos durante las escaramuzas con los comunistas

FOTOS DE LA PRESS-PHOTO-NEWS-SERVISE

DEL ARTE MUDO



LAS ULTIMAS NOVEDADES Y SUS INTERPRETES



Maria Mindsenty, protagonista del "film" "La aventura del príncipe heredero"



Pola Negri—la bella y popular actriz cinematográfica, que actualmente está filmando la película "La bailarina española",—descubre a Herbert Brenon, su director, los misterios de lo futuro por medio de la cartomancia



Una de las bonitas escenas de la cinta dramática "La aventura del príncipe heredero", de interesante asunto y lujosa "mise en scène"

ENSEÑAR AL QUE NO SABE...

POR ALFREDO FERNÁNDEZ

DIBUJOS POR DE LAMO

"Dichosos de vosotros los imbéciles." — GHIRALDO.



PAQUILLO era uno de esos hombres ignorantes, apegados a la rutina, esclavos del pasado, que odian todo lo que signifique un adelanto, un progreso, un paso hacia el porvenir. Los instintos del hombre primitivo rugían en él siempre que le hablaban de hombres que, estudiando, luchando a brazo partido con la vida, habían llegado a conquistarla, a rendir, a trocarla, de altiva y huraña, en amorosa compañera, en amante pródiga en caricias para el elegido. Sentía un odio tan profundo hacia los hombres superiores, que de haber tenido un hijo inteligente y estudioso, lo habría devorado con fruición. Caín, con la simbólica quijada, semejaría un pigmeo frente a aquel bruto que maldecía a sus padres por haberle legado el apellido de un hombre genial: el del sublime manco de Lepanto.

Nacido en un aldehuela de Sierra Morena—hijo de un moro aventurero que, según las viejas del lugar, había amado por la fuerza a su madre,—de haber sido medianamente inteligente, habría sido bandolero, émulo de "El Vivillo". Pero, para su desgracia, carecía de esa luz que diferencia a los hombres de las bestias: la inteligencia, y ni bandolero pudo ser iquiera.

Generalmente, los hijos de la tierra de los claveles rojos, son gente de natural vivacidad. A pesar de carecer de instrucción, casi siempre logran captarse las simpatías de quienes los rodean por su inimitable gracia para el chiste, su pintoresco lenguaje y su alegría. Es de imaginar entonces, la situación de Paquillo entre aquella gente.



CON UN LÍO DE ROPA ENVUELTA EN UN PAÑUELO ROJO CON PINTAO AMARILLO, LO ABANDONÓ PARA SIEMPRE

Mal encarado, gordinflón y gigantesco, parecía una gran bordalesa andando por arte de encantamiento. Esto, unido a su torpeza rayana en la idiotez, le valía la burla mordaz de todos los risueños habitantes de la aldea que lo vió nacer, quienes desde pequeño le llamaban "Paquillo el tortuga".

Cuando niño, era el hazmerreír de todos, el "pavo de la boda". Los otros niños le pegaban, se abusaban de él en toda forma y, ya mozo, todos los de su edad lo despreciaban y hacían a un lado. Pero todos estos defectos eran virtudes comparados con este otro: Paquillo era envidioso, terriblemente envidioso. No uno de esos que no se conforman con su situación y luchan para conquistar la gloria y la admiración del mundo, o simplemente para encumbrarse económicamente. ¡No! Él sentía una envidia atroz hacia todos aquellos que eran más que él; una envidia que le roía las entrañas y hacía germinar en esa víscera que en los otros hombres es el corazón, un odio profundo, inconcebible por lo bajo y repugnante, hacia los seres superiores. La víbora de la envidia iba mordiéndole cada vez con más saña, hasta que devoró todos esos sentimientos nobles que duermen en el fondo de todo ser humano.

Ya no hablaba con nadie. Vivía escondido, como una fiera en su guarida. Sólo por las noches se le veía vagar por los picachos de la montaña, iluminado por la luz de la luna, que era lo único que parecía no odiar, pues pasaba horas enteras mirándola con la bocaza abierta.

Aunque parezca extraño, "Paquillo el tortuga" pensó que la situación se le hacía insostenible en su aldea y, una madrugada, cuando la aurora teñía el infinito con su mágico pincel, sin despedirse de nadie, con un lío de ropa envuelto en un pañuelo rojo con pintas amarillas, la abandonó para siempre...

Una mañana espléndida de primavera, en que la naturaleza parecía estar de fiesta, tal era el derroche de luz y de alegría, desembarcó Paquillo en Buenos Aires. Había hecho el viaje en un velero que tardó tres meses en atravesar el océano; sin embargo, por primera vez en la vida, estaba contento. Y estaba contento porque había logrado hacer tan larga travesía sin gastar un solo centavo. Pelaba papas, lavaba platos, lustraba los zapatos al capitán, etc., por todo lo cual fué traído de contrabando. Al ser desalojado del hotel de inmigrantes, del cual no pensaba irse nunca, pues se le antojaban exquisitos manjares los guisos con que allí obsequian, vió por primera vez la ciudad de Buenos Aires.

A pesar de que entonces no existía la Avenida de Mayo ni muchos edificios que hoy atraen la atención, se horrorizó de su grandiosidad y, al ver los tranvías, etcétera, pensó en el fin del mundo, en el juicio final. Y se abrazaba a los árboles, mareado, temeroso de ser aplastado por lo que se le antojaba diabólica danza de los infiernos.

Así fué como huyó tierra adentro, prefiriendo el desierto con sus fieras a la ciudad hermosa y progresista. Parece que su odio, en vez de disminuir, aumentaba por momentos, fija en su cerebro la imagen de la ciudad que lo horrorizaba. Vagaba sin rumbo, ignorando el día y año en que vivía. Muchas veces se palpaba, inseguro de si era él, y se interrogaba:

— *¿Pero ezto que toco, zeré yo, Paquillo, o zerá otro que ze burla e mí?*

Por fin, después de mucho vagar — ignoraba cuánto tiempo, — llegó a un pueblecito de la provincia de Buenos Aires, donde el hambre lo obligó a trabajar. Allí, aunque parezca mentira, se hizo amigo de un zapatero, que tenía veleidades de anarquista, un individuo que había aprendido de memoria, a fuerza de leerlo muchas veces, "Palabras de un rebelde", del conde de Kropotkine.

Este zapatero era un tipo interesante. Extremadamente flaco y alto, semejaba el personaje que inmortalizó el genial Miguel de Cervantes Saavedra: Don Quijote. Como éste, tenía un esquelético rocinante en el que, en las claras noches de luna, cabalgaba a través de los campos, decidido a entablar sin igual batalla con el primer "peludo" que encontrara a su paso. Pero, en las noches en que estas aventuras no eran posibles, leía por milésima vez,





ante los que tenían la suficiente paciencia para escucharlo, "Palabras de un rebelde", y lo comentaba, haciendo gala de una vasta erudición.

Sólo para los que nunca habían leído más que "El Censor", semanario satírico-literario-político-informativo, etc., de la ciudad vecina, aquel zapatero era un enciclopédico Un filósofo. Un genio superior cien veces al autor de aquel libro amarillento y deteriorado que ya sabía de memoria casi todo el pueblo.

Paquillo, que era ayudante del zapatero y su escudero cuando salían a cazar "peludos" en las noches de luna, al principio le tomó odio por su "saber". Pero a fuerza de andar juntos fué perdiendo esa aversión que sentía por aquel incansable "orador" y ambicionó poder él también "epatar" a los "fieles" que acudían a recibir el pan espiritual las noches en que la luna se declaraba en huelga.

Cierto día, cubierto de rubor, me confesó Paquillo su debilidad: quería aprender a leer y escribir, y quería que yo le enseñara, pues el zapatero, temeroso seguramente de que su sabiduría fuera eclipsada por este proyecto de astro del saber...

En el primer momento me hizo gracia el deseo de Paquillo. ¡Aprender a leer a los treinta años de edad y siendo tan bruto!... Sin embargo, tanto me persiguió, tanto rogó, que me decidí a ser "maestro Ciruela", hasta que se convenciera de que era inútil, que hay hombres que, como el burro del cuento, jamás aprenderán nada, a pesar de que se traguen muchos libros.

Contrariamente a lo que yo pensaba, Paquillo aprendía. Al año de estar recibiendo mis lecciones, ya leía; mal, es verdad, pero leía, al fin, "Palabras de un rebelde", y escribía su nombre y apellido. En todas las paredes, las puertas, en la mesa, donde quiera que había un lugar, estampaba su firma con orgullo.

— Ya verá, tú... — me decía con su marcado acento andaluz.—Ya verá, tú, cómo me jago un escribior má grande que la Giralda de Seviya, que tienen que bajarla pa que puea pazá la luna...

Había que verlo en las noches de luna con su inseparable compañero el zapatero "enciclopédico". Mientras corrían a través de los campos en busca de "peludos", seguidos de más canes que el viejo Viscacha, entablaban reñidas polémicas, que sólo tenían un resultado: permitir la huída a los pobres animalitos, que habían abandonado sus cuevas, ajenos a las malas intenciones de los "ilustres" cazadores.

HACÍA ya algunos años que vivía en la capital, olvidado por completo de Paquillo y su amigo el zapatero "ilustre", cuando una mañana, entre la correspondencia, atrajo mi atención un sobre azul, en el que no hubiera sido posible escribir una letra más, tal era la extensa dirección: "Señor don X X, calle Z, U. T. Nº... (Libertad), Buenos Aires, República Argentina". Fué esa la primera carta que abrí. Y cuál no sería mi asombro cuando distinguí la firma de Paquillo. En el primer momento, sentí alegría y me reproché de haber acusado de ingrato a aquel pobre diablo a quien en otros tiempos había enseñado a leer y escribir. No, no me había olvidado. Prueba elocuente de ello es que me escribía. Después..., después leí la carta y ¡oh, qué mudable es el pensamiento humano!

Después... sentí tristeza, y yo no sé cuántas cosas más a un mismo tiempo. Paquillo, en lugar de lo que yo esperaba, no me escribía para saber de mi salud y desearme felicidad... No. Me escribía para ponerme de oro y azul por faltas que ni siquiera pensé cometer nunca. Decididamente, los libros que había leído, tragado mejor dicho, habíanle producido una seria indigestión. De las palabras más cariñosas que me prodigaba, transcribo este párrafo:

"Erez un canaya bendío a loz vurgueze, un vivior canaya y bendío y un hinorante, pué deve zavé quere un tonto i que llo zoi ma bibo que tú. Erez un canaya disgraciao y el día que te alle a mi lao te rromperé loz morroz..."

Esta hermosa tanda de insultos me dejó anonadado. Pero lo que me hizo temblar de pies a cabeza fué la amenaza. Y no era para menos; no hay que olvidar que Paquillo, a pesar de su nombre tranquilizador, era más bruto que un piel roja. De llegar a encontrarme, me estrangula. Hubiera hecho de cuenta que me caza el plesiosaurio que inventó Onelli, ese genio zoológico que tanto ruido hizo meses ha.

Y en resumen: ¿qué había hecho yo? ¿Qué falta había cometido para que se me tratara así? ¿Cuál era mi crimen? Por más que aguzaba el ingenio, no encontraba ningún acto mío, ninguna falta que justificara la carta de Paquillo. Por fin, después de cavilar muchos días, después de dar muchas en la herradura, di una en el clavo: efectivamente, yo era el culpable, el único responsable de que Paquillo me hubiese escrito aquella carta, pues había sido yo quien le enseñó a escribir.

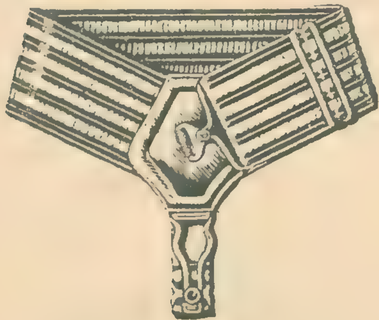
Y hoy, después de mucho tiempo, con esa tranquilidad que dan los años, reconozco plenamente que "enseñar al que no sabe", muy a pesar de muchos apóstoles, es un falta que no se perdonará jamás; un crimen de "lesa felicidad"; pues instruir al hombre es destruir su dicha. En efecto: ¿quién es más feliz que los infelices?... ¿Quién sufre menos que el que ignora lo que es el bien y el mal? Y, por el contrario, ¿no son los hombres sabios los que más han sufrido en la vida? ¡Paquillo! ¡Paquilo!... Hoy reconozco mi crimen: te he enseñado a leer y escribir, con lo que labré tu infelicidad.





EL ONCENO: NO ESTORBAR

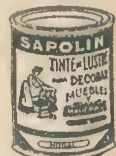
La mamá da el toque de retirada











CRÓNICAS DEL TIEMPO HEROICO

"EL MARTIR DEL CALLAO"

EN SU CENTENARIO: 1824 - FEBRERO 6 - 1924

POR **MARÍA DEL CARMEN LOBO ARRAGA**

"La vida no vale tanto como el honor de morir por la Patria: la vida no es más que una sombra, y la gloria que se adquiere con tal muerte es una luz que sobrevive a la obscuridad de los tiempos."

CUANTOS de vosotros no miraréis con indiferencia y, quizá, con desdén, a los descendientes de la raza africana, sin pensar que bajo la piel obscura y lustrosa se albergan corazones e inteligencias que sienten y piensan como los de otras razas, y almas templadas para el martirio y el heroísmo, y a las que no ha negado la Historia el honor de figurar en sus inmarcesibles páginas!

Dignaos recorrer estas mal trazadas líneas, escritas al correr de la pluma, y veréis si un "negro" es o no digno de tal honra.

ENTRE la escasa guarnición que dejó el Libertador del Perú para guarnecer las fortalezas del Callao, quedó el regimiento Río de la Plata, formado por los batallones 7 y 8 de cazadores del ejército de los Andes.

En esta guarnición había un escaso número de soldados argentinos—pues la mayoría eran peruanos, chilenos y colombianos, — que lejos de la patria, después de diez años de azarosas campañas, huérfanos de su amado jefe, que tantas veces les había guiado a la victoria, impagos, padeciendo hasta el hambre y, por último, odiados por los soldados peruanos, como también lo eran sus compañeros, los soldados chilenos y colombianos. No tardó mucho tiempo sin que germinara en ella la idea de la sublevación.

Con efecto, en la noche del 4 al 5 de febrero de 1824, estalló aquélla, encabezada, desgraciadamente, por un soldado argentino, el sargento Dámaso Moyano (mulato), del regimiento Río de la Plata, coadyuvado por otros dos traidores, los también sargentos Oliva y Pareja, siendo este último aclamado "general" por los amotinados.

Los sublevados, después de aprisionar a sus jefes y oficiales y de libertar a los prisioneros "realistas", entregaron el mando de los castillos al jefe español, coronel don José María Casariego, el que ya estaba de acuerdo con los promotores del motín y con los agentes que desde Lima habían fraguado el movimiento; pues, apenas estallado éste, una columna desprendida de las fuerzas del virrey La Serna, a las órdenes del coronel Ramírez, llegó a marchas forzadas a incautarse de las fortalezas.

No todos los argentinos participaron en el motín: los soldados negros del regimiento Río de la Plata (1) distinguiéronse allí por su patriotismo, por su lealtad heroica y por su imperturbable valor. En su fanatismo por nuestra causa, vitoreaban a la patria, y arrastrados por sorpresa a la sublevación, volvían instintivamente los ojos hacia los jefes, a quienes por tantos años habían obedecido y a cuyo lado se habían batido siempre.

No pocos perecieron bajo el látigo de sus verdugos o el plomo de los traidores antes que someterse al mutismo que les imponían sus nuevos jefes, y una prueba de lealtad de aquellos negros, un gran ejemplo de amor a su bandera, nos la ha legado el negro argentino, porteño, Antonio Ruiz, soldado del regimiento Río de la Plata, y que la historia nos lo presenta con el apodo de "Falucho", nombre de guerra con que era conocido por sus camaradas.

Este heroico negro no se había dado cuenta de la gravedad del acto: pensaba que se trataba sólo de un motín de cuartel. Pero, hallándose el día 6 de centinela en el torreón del "Real Felipe", al pie del astabandera en que hasta pocas horas antes había flameado el pabellón argentino, ve a sus compañeros — después de sacar de la sala de armas la bandera española — encaminarse, llevándola en triunfo, hasta donde él estaba... Comprendió entonces la traición y su humillación, y arrojándose al suelo estalló en amargos sollozos...

A todo esto, los traidores se presentan ante el negro Falucho; y, admirados de aquella manifestación de dolor, que, quizá, interpretaron como un movimiento de entusiasmo, ordenan a Falucho que rindiera honores al pabellón del rey, que se iba a enarbolar.

Protestó él entonces enérgicamente, negándose a presentar el arma.

—Yo no puedo hacer honores al pabellón contra el que he luchado catorce años — exclama, apoderándose nuevamente del fusil que había dejado caer.

—¡Insurgente! ¡Revolucionario! — gritaron todos a una vez.

—¡Malo es ser revolucionario, pero peor es ser traidor! — repuso el valiente negro, con el laconismo propio de un héroe antiguo. Y tomando su fusil por el cañón, lo hace pedazos contra el astabandera.

Tan noble rasgo de virilidad y patriotismo le iba a costar la vida.

Los ejecutores de la traición avanzan fieros hacia el heroico negro... Trábase en el acto un verdadero combate, en el que, solo contra todos, Falucho pelea como un león; pero al fin es vencido y conducido al centro de la fortaleza, sitio destinado a su suplicio... El valeroso negro camina con paso firme y la mirada altiva.

Llegado al lugar del suplicio, el pelotón de ejecución se pone frente a Falucho y le intiman que va a morir; y haciéndole arrodillar en la muralla, que daba frente al mar, cuatro tiradores le abocan sus armas al pecho y a la cabeza...

Falucho mira a sus verdugos con indignación y con desprecio, y grita con varonil acento: "¡Viva la patria!" Al mismo tiempo brilló el fuego de cuatro fusiles, se oye una detonación, y luego, entre una nube de humo, se sintió el ruido sordo de un cuerpo que caía al suelo. Era el cuerpo ensangrentado de

(1) Este regimiento estaba formado en su totalidad de negros libertos de la ciudad de Buenos Aires.

Falucho, que caía traspasado de cuatro balas...

¡Feliz el pueblo que tales sentimientos puede inspirar al corazón de un soldado tosco y obscuro!

Así murió Falucho, como un guerrero digno de los tiempos de Esparta, enseñando cómo se muere por sus ideales, y cómo se rebela al imperio de la fuerza.

¡Su muerte es un ejemplo y una enseñanza!

Recojamos, pues, el digno ejemplo que nos legó por su valor y abnegación este modesto hijo de las pampas de Buenos Aires. Su gloria es del pueblo, como su origen, y, sobre todo, no miréis con desdén, repito, a los descendientes de la raza africana, porque, como habéis visto, por la relación que acabo de haceros, son tan capaces del heroísmo y del martirio como cualquiera de nosotros.

¡Que el grito de todos los argentinos, en la paz como en la guerra, sea siempre, unísono y unánime, el del "mártir del Callao": "¡Viva la patria!"

HONOR Y HONRA

Uno dice: estoy en el caso de volver por mi "honor".

Hablando con todo rigor lógico, no sería tan propio decir: estoy en el caso de volver por mi "honra".

Otro exclama: estoy en el caso de volver por la honra de mis mayores.

No diría tan propiamente por el "honor" de mis mayores.

¿Por qué? Porque el "honor" es una "honra" de sentimiento presente nuestra. Es el caudal que hemos de legar a nuestros hijos.

La "honra" es un "honor" tradicional, histórico, heredado; es el caudal que nos legaron nuestros padres.

De modo que el "honor" es una virtud.

La "honra" viene a ser una razón de estado, casi una jerarquía.

El "honor" se tiene.

La "honra" se hereda.

EXPLOTACION ELECTORAL DE LA IGNORANCIA DEL PUEBLO

LAS campañas electorales argentinas se caracterizan por la explotación de la ignorancia del pueblo para combatir al adversario. En las paredes se fijan carteles que contienen mentiras irritantes para todo hombre culto o simplemente informado, y esas mismas u otras mentiras se repiten por boca de los oradores, desde las tribunas que se levantan en las esquinas. Ningún partido está limpio de este pecado; todos, unos más, otros menos, recurren a la mentira como argumento electoral.

El pueblo argentino, y mucho menos el de la Capital Federal, no es ignorante, pero al pueblo en general le pasa lo que nos pasa a cada uno en particular: por una cosa que sabemos o un detalle de que estamos al corriente ¿cuántas no son las que ignoramos? Los carteles y oradores mentirosos se amparan en esta ignorancia, y quien quisiera salir a combatir la mentira habría de chocar con ella y sufrir las consecuencias del fanatismo político.

No se crea que por eso queremos difundir el escepticismo político entre la masa electoral. El hecho de que la política argentina no carezca de vicios, ni mucho menos, no es razón para caer en el escepticismo. La política argentina presenta vicios más o menos graves, y los presentará siempre. El objeto de denunciarlos no es desacreditar la política, sino combatir sus vicios.

En esto de las mentiras electorales lo peor de todo es tal vez la complicidad consciente o subconsciente de los afiliados y simpatizantes de cada partido. Muchos hay que se dan cuenta de las mentiras que les endilgan, pero, como son en perjuicio del adversario, las consideran bienvenidas. Otros, varías veces más numerosos, no se dan cuenta de la mentira, pero comprenden vagamente que existe, sólo que, por la misma razón que los otros, porque es en perjuicio del adversario, no se sienten movidos a examinar las cosas, y hasta temen hacerlo.

No vamos a repetir aquí todo lo que han dicho los moralistas en descrédito de la mentira. Pero queremos hacer presente que no hay nada tan humillante para un pueblo como la explotación de su ignorancia por los partidos políticos. Esto es convertir la política en una comedia ridícula en la que el pueblo desempeña el papel de un obtuso de quien todos abusan alternativamente.

Hemos hablado de la complicidad de los afiliados y simpatizantes con las mentiras de sus respectivos partidos políticos. Esto es particularmente notable en punto a las mentiras convencionales. Todo partido político se sirve en su propaganda de cierto número de mentiras convencionales; todos saben que son mentiras, pero todos han convenido tácitamente en que son verdades. El adversario opone a esas mentiras convencionales otras mentiras convencionales. Si cada ciudadano se pusiese a examinar las verdades nominales que sostiene su partido, quizá descubriese que las mentiras convencionales son más numerosas que las verdades reales.

Si algún partido se decidiese a abandonar sus propias mentiras convencionales y llevase una vigorosa embestida a las del adversario, purificaría mucho el ambiente de la política argentina. Pero, en verdad, no hay ningún síntoma de que nadie esté dispuesto a hacerlo. Las mentiras convencionales son cómodas, porque son los lugares comunes de la política. Nada tan descansado como servirse de lugares comunes.

Si el ciudadano hubiese de emitir su voto por un partido que no mintiese, se vería imposibilitado de votar, y si el pueblo no votase, habríamos llegado al peor de los males, pues no hay nada tan funesto para la política de un país como la indiferencia cívica del pueblo. El único recurso que le queda al ciudadano es el de votar por el partido cuya orientación general, política, económica y social, esté más conforme con sus propias opiniones en la materia. Pero el buen ciudadano no debe hacerse cómplice de las mentiras electorales. Un ciudadano políticamente consciente puede muy bien votar por un partido sin por eso servirle de comparsa, escuchando pacientemente las mentiras, despropósitos y sandeces de los oradores de las esquinas; si es un ciudadano políticamente consciente, debe tener opinión propia, ya debe saber él por quién va a votar, y no necesita someterse a la humillación de asentir con su silencio a cosas que repugnan a su inteligencia, y bien tiene el derecho, sin causar perjuicio alguno a su partido, de volverle la espalda al orador. Si la concurrencia ralease en las conferencias, como en realidad ya está raleando, quizá los partidos políticos empezasen a recapacitar.



EL YANQUI PRÓDIGO

— ¿Conque, estamos de vuelta, eh?

— Sí, papá.

— Bueno; vete adentro, que ya hablaremos de ese asunto después que le haya dado de comer al ternero.

EL POETA

POR

LÓPEZ DE MOLINA

DIBUJO DE COSTA

¡CÓMO! ¿Es que todavía existe el poeta? Sí, señores ventripotentes y satisfechos: existe y existirá eternamente. El poeta de hoy no es, desde luego, el poeta de ayer, pero es tanto o más que el antiguo. El poeta de nuestros días no es un despreocupado en absoluto, como el antiguo, de las exigencias materiales de la vida. No padece, salvo contadas excepciones, del delirio orgiástico, ni de la morbosa bohemia de Espronceda o de Musset. Tampoco tiende, como el antiguo, a singularizarse vistiendo de manera extravagante y hablando solemnemente de disparates inverosímiles, como les pasó a Baudelaire y a otros.

El poeta de hoy, el verdadero hombre de temperamento poético que cuaja en versos de intensa poesía su propia vida y la que le circunda, es, ante todo, un buen hombre que sueña en formar una honesta familia, contribuir al progreso de los hombres en tal o cual actividad, amén de brindarnos, en ánforas de graciosas curvas, el generoso vino de sus canciones.

Yo sé que más de un lector ingenuo se ha llevado chasco al conocer íntimamente a un verdadero poeta.

—¡Cómo! —ha dicho.—¿Usted no se emborracha siquiera dos veces por semana?... ¡Cómo! ¿Usted no tiene media docena de queridas?... ¡Cómo! ¿Es usted poeta y no se le da nunca por tirar la casa por la ventana?



...UN BUEN HOMBRE QUE SUEÑA EN FORMAR UNA HONESTA FAMILIA...

—Ya lo ve usted, señor —ha contestado irónicamente el poeta: —soy tan inofensivo como el más pacífico de los ciudadanos. Claro está que de cuando en cuando me place a mí también tirar una cana al aire... Pero, ¿a quién no le agrada eso, señor mío?... Por lo demás, entiendo que soy una persona honesta, consciente de sus deberes y derechos.

Y es así. No por ser poeta, no por poseer una sensibilidad más rica y una imaginación más apasionada y brillante, tiene que ser necesariamente un desequilibrado, un anormal, un candidato al manicomio...

Algunos pobres poetillas, de esos que creen en que todo está en rimar con pasmosa facilidad; algunos muchachos ilusos, sin temperamento y sin cultura, creen a ojos cerrados que hay que embriagarse, si es posible, todos los días y hacer decir un cúmulo de pamplinas, extravagancias y desplantes, con el solo objeto de imitar a los grandes poetas. ¡Pobres ilusos, pobres locos, pobres deschabetados los que piensan así!...

Ya sabemos que si Verlaine y Poe llevaron una vida tabernaria y miserable, fué más porque las circunstancias especiales de su vida así lo determinaron, y que ellos soñaron siempre con una existencia tranquila y apacible, al dulce amor de la lumbre del hogar, y no con la existencia azarosa y anormal que arrastraron hasta su muerte.

El poeta de verdad debe luchar denodadamente por destacarse y hacerse singular por el brillo y el fuego apolíneos de sus versos, y no por tal o cual minucia exterior y artificiosa.

Por otra parte, un verdadero poeta, aun cuando no escriba un verso, es siempre poeta, piensa y siente y obra como poeta que es. De tal suerte, que aun cuando no hubiéramos leído nada de sus musas, podamos pensar en un momento determinado: "Este hombre es un hombre poeta, indiscutiblemente." Como pudiéramos decir delante de otro mortal diametralmente opuesto: "Este hombre es un hombre usurero, indiscutiblemente."

Porque decir poeta es decir un hombre sensitivo, es decir, un hombre de ilimitada generosidad y acorazado de orgullo, de noble orgullo, y de profunda y clara sinceridad, amén de saber volcar en hondos y musicales versos su mundo interior eternamente vibrante.

Conozco a un verdadero poeta que, como nació sin bienes de fortuna, tiene que emplear sus energías en una casa de comercio. ¡Y bien! Siempre que le veo, a pesar de vivir entre números y prosaicas correspondencias comerciales, le siento más poeta, más idealista, más entusiasta de su suprema vocación. Se dijera que cuanto más sus pies se hunden en la tierra, más su espíritu se cuaja de celestes claridades. Y es que este hombre excepcional es un verdadero poeta. Está casado y tiene los poemas hechos carne adorada de sus hijos. Vive feliz, en fin, con su adorable compañera, que le entiende y le admira en silencio. De cuando en cuando, aparece un libro de sus versos, en los que viven las memorias de sol y de nieblas de su vida y de cuanto impresiona el mundo de sus sentimientos. ¡Y he aquí cómo a la vez que es un hombre útil a los demás, bueno con los demás, generoso con los demás, es un hombre superior que sabe elevarse con sus propias alas para admiración y respeto de sus semejantes!

Un poeta así es, en mi opinión, el verdadero poeta. Y lo demás es pedantería e indigestión de pésima literatura.



EL PILLETE

POR JUAN RÓMULO FERNÁNDEZ

(Continuación de la pág. 10)

jo la fiesta patronal de la Concepción, la que constituía un acontecimiento en la vida religiosa y social de la comarca. Hacia donde el gentío era más denso colocóse Mingo para disparar un cohete a las patas de unos caballos. De entre los jinetes apareció el coronel Manuel Gregorio Quiroga, el mismísimo de la otra vez, aunque desprovisto ahora del alto cargo de gobernador de la provincia — ¡veleidades de la diosa Fortuna o acaso del dios Facundo! — y quiso echarle encima el animal al muchacho; pero ahora no había de sacarla tan de arriba el militarote, porque más de cuatro se aprestaron allí para hacer la pata ancha en su contra, y alguien hasta ofreció a Mingo un arma de fuego. Quiroga el menor — digamos así para distinguirlo del otro — amainó, no porque viese el naranjero engatillado, sino porque conocía el garbo del mocoso, y salió de allí bajo una rechifla fenomenal.

—Bribonazo: ya verás!..., ¡ya verás!

El que había ejercido poder sobre tantos soldados de limo y después capitaneado grupos de muchachos traviesos, llegaba ahora a vérselas en lucha de veras con jefes de horca y cuchillo, para quienes llenar un pozo de cráneos era como para un vecino llenar en su huerto una cesta con duraznos o nueces...

La guerra de guerrillas ardiendo por todas partes, tenía para Mingo una sugestión de poesía, como los hechos colocábanlo en el terreno de realizar las idealizaciones forjadas a lo largo de sus lecturas épicas; y así fué que entregada a su tía doña Angela la tienda que había tenido a su cargo, se alistó en las tropas sublevadas contra Facundo en las Quijadas. El campamento quedaba instalado para las tropas allí donde se hacía la noche. Muchas veces los soldados, después de largas jornadas por las travesías, no bien sonaba la hora del descanso, estaban dormidos como piedras. Mingo dormía también, pero con sueño liviano, de modo que si a medianoche llegaba de lejos el eco de algún tiroteo, Mingo se ponía en pie, se escabullía, guiándose por los fogonazos, hasta el teatro de la escaramuza, "para gritar, meter bulla y azuzar el tiroteo". Un día Mingo, que era sólo ayudante del general Moyano, consiguió de un oficial amigo que le prestase una partida de veinte hombres para sacar una barato, por puro "sport". Empeñó una acción tal de peligro y carnicería, con una partida enemiga mucho mayor, que si de allí salió con vida fué por la oportuna llegada de su padre, que lo seguía "como el ángel tutelar", o fué, acaso, porque la Providencia es grande.

La revuelta era el estado normal, y lo raro hubiese sido llegar a saber que había empezado el evo de la paz. Así, pues, estando en el gobierno los unitarios, un gobierno fugaz a raíz de los triunfos del general Paz en Córdoba, una revolucioncita estalló en una obscura noche de noviembre, teniendo como teatro el cuartel San Clemente, encabezada por "el negro Panta", la que empezó por asaltos, robos y otros actos de pillaje. Por obra de una hábil estratagema del sargento mayor de coraceros, don Anselmo Rojo, quien se encontraba ocasionalmente en San Juan, fué la población librada de aquel azote. Mingo, con Santiago Albarracín, Pastoriza y otros muchachos que vestían o dragoneaban de oficiales, se metieron en el entrevero y lancearon de lo lindo a los amotinados. Pero cuando Mingo se presentó a Rojo y le propuso comunicar el suceso al vencedor de la Tablada y Oncativo, en quien llegó a verse al árbitro de los destinos de la República, obtuvo por respuesta un "váyase a paseo".

Admitido, poco después a los consejos militares del general Alvarado, más de una vez discutió a éste los planes y le golpeó la mesa; y por eso, sin duda, es que un día dijo el propio general:

— Ese muchacho, más bien que para militar, debe servir para jurisconsulto.

¿Para qué serviría Mingo? De todas partes lo arrojaban. En todas partes chocaba. ¿Sería posible que se cumpliese la palabra del buen padre: "Para que el tal, mi hijo, pueda ser útil a la América?" Y, para colmo de desventura, con la caída de Paz en Córdoba y el triunfo subsiguiente de Quiroga en el Chacón, sobrevino el caos definitivo, absoluto, y Mingo, como tantos otros, tuvo que emigrar.

Ya en marcha, sobre el duro camino de Chile, Mingo tuvo el coraje de llamar "bandido" al general Quiroga. Este lo supo, insultó a la madre del muchacho, y prometió, para cuando lo encontrase, cortarle la lengua y colgarlo del garrón a un árbol.

"¡Pillete!...", había rugido el Tigre de los Llanos. Y en torno a la palabra se había hecho un silencio sepulcral.

Tal amenaza no llegó a cumplirse, porque el destino dispone a veces las cosas de otro modo que los hombres.

Años después, el general Quiroga caía envuelto en su propia sangre, en la encrucijada de un camino, adonde fué a encontrarlo una horda de asesinos, que obedecían, más que al odio — que suele errar el golpe, — a la emulación, que es más certera, porque combina las cosas en frío. Mingo, sin embargo, resolvió pedir cuenta un día de aquellas amenazas al hombre o a su sombra (1).

Duro, muy duro era, en verdad, el camino que alejaba del suelo natal. El pesimismo, sin embargo, no lograba dominar aquel férreo temperamento de muchacho. Iba a zancadas, lazarillo de un Pericles en ciernes, a quien un hado hubiérale dicho que daría nombre a su siglo. ¿Quién ha turbado los sueños de un hombre que a los veinte años franquea a pie la cordillera más imponente del globo?

APOTEOSIS

Después, ¿qué fué del Pillete? ¿Fijaría su vivienda en algún nido de cóndores, que es decir, en una hendedura de la montaña? ¿Rodaría, quizá cuesta abajo, hasta la sima de tal o cual precipicio? No, por cierto; el Pillete — pilluelo, diría, si hubiese de posponer la verdad histórica a la prescripción de la Academia — salió de allí hecho cóndor. Hecho cóndor, porque tenía vista de cóndor, garra de cóndor y alma de cóndor.

Lo que hizo después lo sabes tú, lector amigo. Por mi parte, sólo me proponía hablar del pillete, pues para hablarte del cóndor necesitaría mucho espacio. Y si — cosa incomprensible — no lo supieras, dígote: de puertas adentro, llamas a tu hijo, a tu hermanita, a cualquiera de los escolares de la casa, y le preguntas quién fué aquel niño que al cruzar los Andes se convirtió en cóndor, y sobre cuyos despojos mortales, ahí en la Recoleta, dijo un prohombre, con voz que resonó cual el pregón de la voz de la posteridad:

"Fué el cerebro más poderoso que haya producido la América, y en cualquier tiempo y en cualquier lugar hubiera levantado su vuelo y morado en las alturas".

DIBUJOS DE BIONDINI



(1) Lo que he escrito hasta aquí, lo he sacado de entrelíneas de un hermoso libro: "Recuerdos de provincia". Por eso, más bien que novela o ensayo de novela histórica, llámole narración a esta glosa. Y no necesito atraer la atención hacia este hecho: que en la vida del muchacho asoma el hombre múltiple y extraordinario que fué Sarmiento.

LAS CABELLERAS

Clodomiro, hijo de Clodoveo, habiendo sido muerto en una batalla contra los borgoñones, conocieron a este príncipe sus enemigos por su larga cabellera. Acostumbraban los reyes de Francia a dejarse crecer el pelo desde la niñez sin cortarlo jamás, lo dividían igualmente por los dos lados hacia la frente, y lo dejaban caer por las espaldas, y esta especie de cabellera era tenida como una prerrogativa de la familia real.

Los francos no podían llevar los cabellos sueltos; se los cortaban alrededor de la cabeza, conservando los de la parte más elevada, que ataban formando un tupé, cuya punta caía sobre la frente en forma de penacho.

Los galos llevaban los cabellos cortos, los siervos la cabeza rapada, y los eclesiásticos, para demostrar su servidumbre espiritual, se cortaban todo el pelo, dejando sólo un círculo de cabellos.

Antiguamente se juraba por sus cabellos, como hoy en día por su honor: aquel a quien se los cortaban quedaba degradado y envilecido.

A los que habían tenido parte en una misma conspiración, se les obligaba, como castigo, a cortárselos unos a otros.

Fredegunda cortó los cabellos a una dama de su yerno, y los hizo clavar a la puerta de la habitación del príncipe, acción que a todos horrorizó.

La mayor atención que entonces se podía hacer a una persona al saludarla era arrancarse un cabello y presentárselo.

Clodoveo se arrancó un cabello y se lo presentó a S. Germier, en prueba de lo mucho que le honraba. Al instante todos los cortesanos se arrancaron cada uno un cabello y se lo presentaron, con lo cual aquel virtuoso prelado se volvió a su diócesis muy contento de la atención que con él habían tenido en la corte.

PAGINA AMENA



—¿La tierra gira, papá?
—Sí, hijo mío.
—¿Y cómo no giramos nosotros?
—Pues, porque nosotros no somos la tierra.



—¿Sabes un remedio para no romper un par de botines en la vida?
—¿Cuál?
—Andar descalzo.



—¡Bruto! ¡Casi me atropella! ¿No ve los automóviles?...



—¡Válgame el demonio! ¿Y ésta es mi vecina, cuyo cuerpo escultural obtuvo el primer premio en un concurso de belleza?...



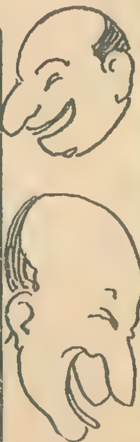
—No llores más, Pepito; tu hermanita ya está mejor.
—No lloro por eso, sino porque ahora todos los postres y los regalos serán para ella.



— He aquí una rana que, sin embargo, no es tan rana como mi sobrino.



—¡Ay, mi madre!... Me he clavado las tachuelas que pusiste para los ladrones...





— No me beses, Angel, que nos está mirando la luna y me da vergüenza...





—¡Cuánto no daría yo por tener un traje a rayas!...



—Izquierdo pretende una comisión por la venta del sebo... que vendí yo en su ausencia... ¿Qué opina usted?
—Hombre; yo opino que Izquierdo no tiene derecho.



— La señora no está.
—¡Cómo no está, si la oigo cantar!



— No me negará usted que Godínez le llamó imbécil.
— No lo niego; pero tampoco me negará usted que no me ha dicho nada del otro mundo.

EL PRECIO Y EL SALARIO

¿POR qué es cara la edificación, por qué es caro el calzado, por qué es cara la ropa? Porque la mano de obra es cara, nos responden. Pero, entonces, ¿cómo se explica este fenómeno?: en los Estados Unidos se ganan mejores salarios que aquí, y aunque allá la vida no es lo que se llamaría barata en otras partes, un par de zapatos norteamericanos, puestos en el puerto, y prescindiendo de los derechos de aduana que los encarecen, salen más baratos que el artículo similar argentino de la misma calidad. Y quien dice zapatos dice cualquier otro artículo. Si la mejor remuneración de la mano de obra fuese un argumento, las carnes y los trigos norteamericanos deberían ser artículo de lujo.

La industria argentina no adelantará mucho mientras se obstine en creer que su bestia negra es la carestía de la mano de obra. Si la industria norteamericana vende más barato, pagando mejores salarios, esto nada tiene de contradictorio; ambas cosas se deben a la misma causa: la baratura de la producción.

He aquí, sin embargo, que al parecer volvemos a la misma contradicción: producir más barato pagando mejores salarios. ¿Cómo se resuelve este problema? Supongamos dos años agrícolas, pésimo el uno, milagroso el otro; en el segundo el rendimiento por hectárea fué tres o cuatro veces mayor que en el primero; en tal caso, aun pagando salarios tres o cuatro veces mayores, el costo de producción de la tonelada de grano habrá salido al agricultor mucho más barato que en el mal año.

No hay salario absolutamente caro, excepto que sea absorbente, ni absolutamente barato, excepto que sea mezquino. En los Estados Unidos un salario de cinco dólares puede ser más barato que aquí uno de cinco pesos. En materia de salario, lo importante es que él guarde relación con el costo de producción; si éste baja, se podrá vender más barato y pagar mejor la mano de obra.

El trabajo es la materia prima de todas las industrias. Un par de tijeras es una materia prima transformada por el trabajo, y la materia prima era mineral nativo extraído y tratado por el trabajo. Lo mismo se podría decir de los elementos e instalaciones de la empresa minera y de la fábrica de tijeras. Siempre resulta que el trabajo es la materia prima de todas las industrias. A medida que la industria se perfecciona y se robustece, a medida que reemplaza guadañas por segadoras, agujas de mano por máquinas de coser, carretas de bueyes por locomotoras, maquinaria antigua por maquinaria moderna, un obrero, con el mismo trabajo, hace una docena de tijeras en el mismo tiempo que su abuelo hacía una sola. Gracias a esto se ha producido el gran fenómeno industrial del siglo XIX: se aumentaron los salarios, se redujeron en no menos de una tercera parte las horas de trabajo, y todo se vende más barato, y hasta es más universal el uso de piedras y metales preciosos.

Pero la industria argentina no es aún bastante progresista, y lo mismo que la industria, el comercio. No es necesario entrar en los establecimientos industriales y comerciales para comprobarlo. Basta salir a la calle. No tardaremos en ver una gran chata tirada por animales perteneciente a una importante fábrica o a una importante casa mayorista. ¿Qué hace esa chata en la época de los camiones automóviles? Obligar al conductor a que haga en una hora el trabajo que podría hacer como chauffeur en diez minutos.

La industria argentina, que tanto se queja de la carestía de la mano de obra, no debe olvidar que de ella depende abaratarla, haciéndola más eficaz, y que el día en que ella pueda pagar los mejores salarios del mundo será, si este día llega, el día en que sus productos puedan competir, en calidad y baratura, con los mejores y más baratos del mundo.

El salario sólo comienza a ser excesivo cuando tiende a elevar el poder de consumo por encima de la capacidad productora. Si la industria argentina adoptase por lema el aumento progresivo de los salarios, y, como es consiguiente, se aplicase a revisar sus sistemas, sus métodos, su instrumental, todos los medios capaces de aumentar la eficiencia del trabajo, seguramente que habría elegido el camino más corto para su adelanto, pues habría empezado a conocerse a sí misma y a darse exacta cuenta de cuáles son las rendijas por donde se filtra y desperdicia el trabajo que ella paga.



LAS CUALIDADES DEL "FUTURO" O EL PAPÁ PESIMISTA

—Te aseguro, papá, que leo sus sentimientos como en un libro.
—¿Y se casan en el último capítulo?

LOS ZANCOS

Es extraño que muchas razas que no tienen nada en común, que la distancia separa por millares de kilómetros, y que se ignoraron siempre unas a otras, hayan inventado, cada una de por sí, un aparato tan raro como los zancos.

Se les encuentra en el Japón, en la Indochina, en diversos puntos de Africa, y en casi todas las regiones de Europa.

En épocas anteriores su uso estaba, ello no obstante, mucho más generalizado. En muchos puntos se realizaban grandes combates entre grupos montados en zancos. El triunfo era de los que lograban desmontar a los contrarios. La diversión, que era muy peligrosa y ocasionaba numerosos accidentes, perdura todavía en algunas aldeas, entre los muchachos.

LA PAGINA DE LAS CURIOSIDADES

Entre los birmanos se efectúan los matrimonios sin tener en cuenta ni la edad ni el grado de parentesco de los novios, dándose el caso extraordinario que un muchacho de quince años se case con una pollita de setenta abriles.

La achira es planta acuática que suministra un tubérculo o papa violácea muy fibrosa, la cual, cocida, es de sabor parecido a la batata.

Albardones se llaman en nuestro país a las tierras altas aptas para toda especie de cultivo, a orillas de los canales y arroyos, cuya anchura varía de cinco hasta cien o más varas. Desde lo alto del "albardón" va descendiendo el terreno hasta formar la concavidad inferior, que se llama regularmente "bañado o estero" cuando tiene tan poca agua que se seca en el estío; y laguna la propiamente tal.

Entre las flores apreciadas en la antigüedad por virtudes más o menos fantásticas, estaban el heliotropo, que detenía las hemorragias, y el jacinto, protector contra el rayo.

La ciudad donde se produce mayor número de divorcios es Chicago. La estadística nos dice que en 1885 había un divorcio por cada diez y siete matrimonios; en los últimos diez años se ha duplicado esta proporción, y actualmente se divorcia uno por cada cinco matrimonios realizados.

La mayor parte de los indígenas, al cortarse el pelo, esconden el que han cortado entre la paja de su techo para que sus enemigos no se sirvan de él para hacerles daño.

Durante mucho tiempo se creyó que el diamante era una piedra que no se gasta. Los cortadores de vidrio saben perfectamente que las puntas de diamante empleadas para su trabajo no duran arriba de un mes. Otra particularidad es que solamente corta el vidrio la punta natural del diamante. La piedra tallada no sirve para ese fin.

Para evitar el contagio de muchas enfermedades usando el teléfono a causa del aliento que se condensa en la parte que se aproxima a la boca, conviene poner, cada vez que se habla, un disco de papel con un agujero en el centro.

Durante mil setecientos cincuenta años conserva el radio la plenitud de sus propiedades. Al cabo de este período se cree disminuye su peso en una mitad. Prácticamente puede considerarse como de duración ilimitada.

Las águilas son aves muy voraces. En Alaska se ha dictado una ordenanza para favorecer su exterminio en razón de la enorme cantidad de caza y de pesca que destruye esta rapaz.

Todos los aeroplanos que sirven la línea Londres - París, van provistos de pequeños cestillos que contienen "sandwiches", fruta, chocolate y alguna bebida.

El gasterosteo es un pececillo del tamaño del dedo meñique que posee curiosas costumbres. Construye un nido como los pájaros, sirviéndose de su boca para tejer ramitas que pega con una materia aglutinante que segrega. Mientras la hembra deposita los huevos, el gasterosteo permanece de centinela, y cuando los hijuelos aparecen, el amante padre les va franqueando la puerta según su desarrollo.

El cerebro es la parte más delicada del cuerpo humano. Los más sabios hombres de ciencia vacilan ante el caso de una operación. Un doctor del hospital de Hophino ha descubierto un procedimiento por el cual el aire purificado puede ser introducido en el cerebro, y esto permite determinar exactamente la posición de los tumores.

Los barberos de Suecia usan palanganas en las cuales puede lavarse la cara, sin necesidad de que la toquen las manos de nadie. En el fondo de ellas hay un resorte, y al tocarle, salta un manantial de agua limpia que asea la cara llevándose todo el jabón.

En la isla de Trinidad hay una enredadera que, al aprisionar fuertemente los árboles los priva a veces de la vida. Se la suele llamar por los ingleses "scotch friend" (amigo escocés).

Más de ciento noventa y dos plantas son las que contienen azúcar, además de la caña y de la remolacha, pero industrialmente no sirven para extraer tan importante producto.

Todas las casas de Irlanda eran fabricadas con troncos y ramas hasta el siglo XII. El primer edificio de piedra fué una iglesia construída por el arzobispo Malagunas, a quien el pueblo criticó por este motivo, acusándole de introducir costumbres extranjeras.

Cerca de mil cañones franceses reventaron durante el primer año de guerra, debido a defectos de fundición.

Más de dos mil obras para el teatro escribió Lope de Vega, el célebre comediógrafo español.

Los niños japoneses disfrutan de una salud privilegiada. En el invierno, en la más cruel temperatura, son desnudados y vestidos diferentes veces al día; en el verano, nadie se preocupa de protegerlos de los rayos del sol. Su cabellera negra, en diferentes y caprichosos cortes, ofrece un aspecto fantástico, igual que el de los muñecos importados de aquel país.

El doctor Beard, de Londres, asegura que el aire de mar produce el efecto de excitar grandemente el deseo por las bebidas alcohólicas.

La mujer se coloca a la derecha del novio en los casamientos judíos, mientras que en todos los demás pueblos del mundo su puesto está a la izquierda.

Los pueblos primitivos tenían al halcón por médico de los pájaros, porque traía de remotos países hierbas salutíferas para curar a las aves enfermas. El águila era considerada como el pájaro de los dioses por las alturas que lograba alcanzar; más tarde, se tomó como emblema y símbolo de la victoria.

Humboldt refiere que la "gruta del Caribe" era para los indios un lugar solemnemente misterioso, jamás alumbrado por el sol ni por la luna, donde se recogían las almas de sus antepasados. Los magos del lugar hacían a la entrada de la gruta sus conjuros y sus brujerías, y allí invocaban el espíritu del mal.

El ibis sagrado era una ave venerada en Egipto. Teníanla por mensajera del viejo dios que por ella anunciaba la abundancia y la prosperidad. Hasta se quiso impedir que sus mortales despojos se pudriesen. Para que durasen miles de años se embalsamaban como el cuerpo de los Faraones, y como a la momia de estos, se le construyó como mausoleo una pirámide que se llamó "Sakabra", en la que se han encontrado millares de momias encerradas en sus urnas y depositadas en nichos.

Una observación paciente ha demostrado que se gasta menos calzado a medida que se avanza en edad. Los viejos no rompen casi zapatos, debido a que pisan suavemente y caminan menos que los jóvenes.

Algunos libros publicados en la segunda mitad del siglo XVIII llevaban títulos tan extravagantes como los que copiamos:
"Los celos hacen estrellas y el amor hace prodigios."
"Sacratísimo antídoto, el nombre inefable de Dios contra el abuso de agur."
"Antorchas para solteros, de chispas para casados."
"Zumba de pronósticos y pronósticos de zumba". etc.

LOS FENÓMENOS DEL ALMA



COMPASIÓN GENERAL

Hay en Milán un reloj hecho de pan endurecido. Aseguran que lo construyó un indio y que tardó tres años en fabricar aquella curiosidad. El reloj es de tamaño respetable y no falta quien afirme que marcha bien.

Para decolorar la cera de abejas basta exponerla durante un tiempo más o menos largo, a la acción directa de los rayos solares.

En la zona argentina y paraguaya del Alto Paraná, tienen los naturales muchos amuletos a los cuales llaman "Payés". Uno de los más comunes es un San Antonio fabricado en viernes de pasión con un retoño de yerba mate, cortado cerca de la raíz, y hay que velarlo el día de su santo y no dejarlo solo, porque si no, incendia la casa donde se queda. Este amuleto es usado para no cansarse y ser guapo en el trabajo.

En el centro metalúrgico de Loughborough, donde se funden las mejores campanas inglesas, se ha creado una secuela de "carillonistas", o sea de músicos campaneros, y proponen gastarse cien mil dólares en la elevación de una torre que lleve la mejor orquesta de campanas.

Se ha exhibido en Londres el llamado palacio de Titania, diminuto edificio con microscópico mobiliario. Llama la atención un pequeñísimo piano de cola no más grande que la mano de una mujer. Tiene su teclado y sus cuerdas, todo completamente afinado y una mano enana podría tocar en él cualquier pieza de concierto.

Los cuervos, después de madura deliberación, matan al compañero que se ha hecho culpable de algún acto odioso.

Se ha descubierto que las semillas del ricino, después de tratadas para extraer su aceite, pueden servir perfectamente para la preparación de unos mucílagos, altamente adhesivos que hallarían multitud de aplicaciones en la preparación de substancias plásticas, pintura, tintorería, aprestos, etc.

Según una leyenda muy popular, el ñacurutú magnetiza al gato y a otros animales, así como el cuervo anuncia lluvia y humedece para siempre la escopeta con la cual se le tira.

INVENCIONES UTILES Y CURIOSAS

LA CURACIÓN DEL CÁNCER POR EL RADIO

Especialistas en la enfermedad del cáncer, inclusive el doctor Isaac Levine, del hospital de Montefiore, de Nueva



York, han emprendido una serie de experimentos con plantas, en la esperanza de encontrar el modo de curar la horrible enfermedad que desde hace mucho tiempo desconcierta a los médicos. Ellos están estudiando el efecto del cultivo canceroso sobre las plantas normales, inoculándolas primero y luego tratándolas con los tubos de radio insertados en el cultivo.

Los resultados obtenidos hasta ahora demuestran una palpable fractura de la forma vegetal del cáncer bajo las emanaciones del radio. Los estudios subsiguientes, como es de esperar, revelarán el modo más efectivo del tratamiento de esta enfermedad.

Aunque el alto voltaje de las máquinas de los rayos X, que habían llegado al uso general durante los últimos años, siga siendo un importante medio para alcanzar los cultivos cancerosos que se hallan muy escondidos en el cuerpo, hay, por cierto, muchos casos en que los tubos de radio pueden ser insertados directamente al tumor, sin perjudicar el tejido adyacente.

UNA CUÑA, APLICADA A LA PUERTA, AHUYENTA A LOS LADRONES

Recientemente en Norte América ha sido inventada una cerradura portátil que puede ser aplicada en cualquier parte, sin clavos ni tornillos. Ella consiste en una cuña, que se coloca entre la hoja y el marco de la puerta.



La cuña tiene una serie de finos dientes que se ponen fácilmente en contacto con la madera, apretando la palanca.

Si alguien trata de abrir la puerta, el movimiento introduce la cerradura en la conjuntura, y los dientes se agarran con tanta fuerza que, según el inventor, hay que arrancar toda la puerta antes de poder forzar la cerradura.

¿PUEDE USTED APOYARSE SOBRE SUS DIENTES?

La famosa gimnasta Gladys Portia ha ejecutado una prueba muscular asombrosa, apoyando el peso de todo su cuerpo sobre sus dientes superiores. Doblada casi en dos y con su mandíbula colocada sobre una almohadilla de



Para ejecutar esta [illegible]osa prueba, se necesita la flexibilidad extraordinaria de los músculos

goma, para sostenerla, es capaz de mantener esta posición durante más de un minuto, gracias a su sorprendente sentido de balance.

Los músculos de su cuello y garganta, tanto como los de sus mandíbulas, están desarrollados de una manera fenomenal.

UN GLOBO PARA EJERCICIOS FÍSICOS

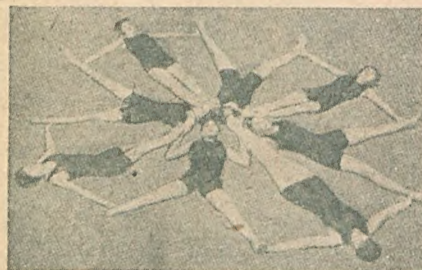
En Norte América, los ejercicios acrobáticos forman parte del programa para el desarrollo físico de los soldados. El soldado se sube encima de un globo de seis pies de diámetro y trata de mantener el equilibrio, mientras sus



¿Cuánto tiempo puede estar parado encima del globo, cuando los demás lo empujan?

camaradas empujan el globo en varias direcciones, empeñándose en derribarlo. Cuando un soldado se resbala, otro ocupa su lugar. Un reloj especial marca la habilidad de cada uno de ellos en el ejercicio.

FIGURAS FLOTANTES



El pasatiempo más popular en las playas de Inglaterra es actualmente la formación de "figuras flotantes". Una de ellas, ejecutada por las socias del club de las nadadoras de Beckenham, está reproducida aquí.

UN APARATO QUE, AL PRIMER CHOQUE, APLICA LOS FRENOS Y PARA EL AUTOMÓVIL



En el momento en que las barras elásticas de este aparato empujan una persona o un objeto, el mecanismo, controlado eléctricamente, corta la ignición y aplica el freno.

RAYOS ULTRAVIOLETA EMPLEADOS PARA CURAR LAS QUEMADURAS DE SOL

Los médicos del "Broad Street Hospital", de Nueva York, aseguran haber obtenido excelentes resultados curando con rayos ultravioleta a las personas que habían recibido fuertes quemaduras al estar mucho tiempo en las orillas del mar.



Las propiedades del sol, de acuerdo con la afirmación del doctor A. J. Barker Savage, superintendente del hospital, se reproducen virtualmente por una lámpara recién inventada, que arroja los rayos ultravioleta. Estos rayos, según el doctor Savage, matan las bacterias y curan gradualmente las partes quemadas y doloridas.

Estando bajo el tratamiento, el enfermo debe usar anteojos especiales para proteger la vista, iguales a los que se emplean contra el fuerte sol.

ESCOLASTICAS DE LA CAPITAL Y DEL INTERIOR



LOMAS DE ZAMORA.—La directora de la Escuela Nº 13 señorita Celia Alegre, rodeada por el personal de la escuela, que le ofreció una demostración por su retiro de las tareas escolares

NUEVOS QUÍMICOS INDUSTRIALES EGRESADOS DE LA ESCUELA INDUSTRIAL DE LA NACIÓN



RAÚL FAVA

RENÉ E. ROCHE



ALFREDO ZÚGARO



GABRIEL FLEIDERMAN



NATALIO SÍSTORI



HUMBERTO GRANDINETTI



EDMUNDO ALLIEVO



HUMBERTO D. VERALDI



LOMAS DE ZAMORA.—La señora E. C. de González, ex directora de la Escuela Nº 9, con la directora señora A. T. de Lasarte y la comisión de ex alumnos, que le tributaron un homenaje con motivo de su jubilación



MENDOZA. — Señorita María Postigo y señores Arturo Larraya, N. Fernando Buglio y José Campos Pelayo, que han obtenido el título de contadores públicos en la Escuela Superior de Comercio



CORRIENTES. — Alumnas de la Escuela Normal de Maestras, graduadas recientemente

FOTOS DE PARISIENNE Y VÍA



Parfumerie

L.T. PIVER

Paris





JABON
REINITA

Deja un perfume suave a los que lo usan.

PARFUMS:

FLORAMYE • POMPEYA
GERBERA

ULTIMAS CREACIONES
EN POLVOS, EXTRACTOS
Y LOCIONES

VOLT • MISMELIS • ESME

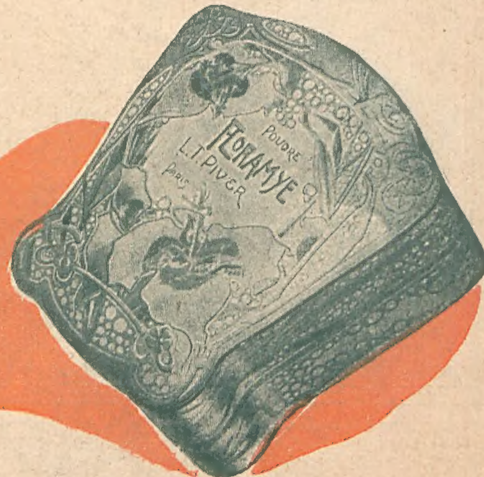
DE PERFUMES PERSISTENTES











IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA
EMPRESA EDITORIAL HAYNES LDA. S. A.